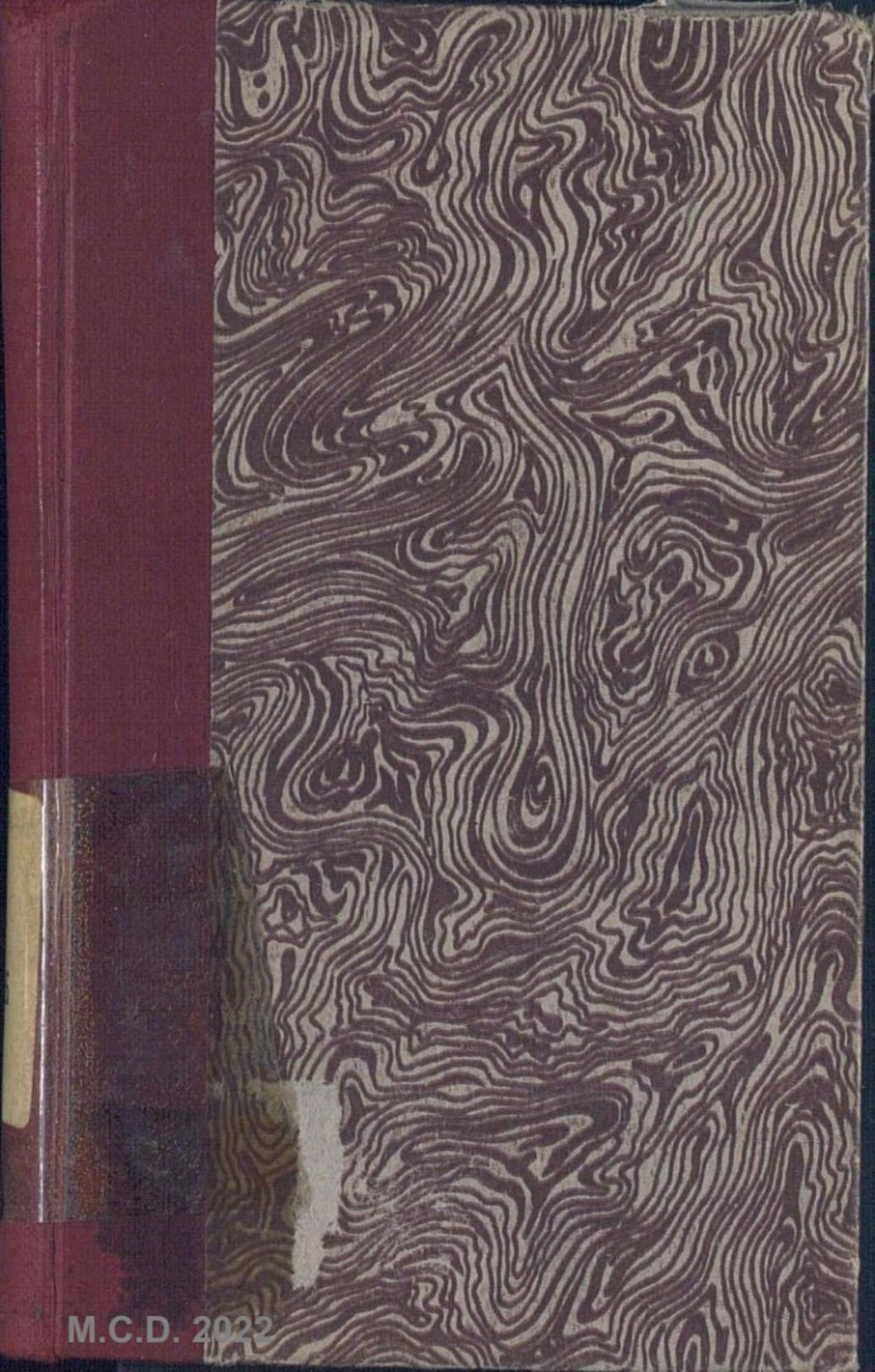


x-rite

colorchecker CLASSIC

10 R-53.574
POESÍAS
DEL P. BASILIO BOGIERO
DE SANTIAGO,
*Maestro de Retórica en el Colegio
de las Escuelas Pias de Zaragoza.*
que da á luz
D. L. G. P.
SEGUNDA EDICION.
MADRID
IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS
1826.



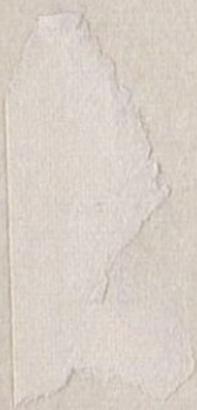
M.C.D. 2022

A

1.716

M.C.D. 2022

A-1716



T 213754

C 1144192



M.C.D. 2022

POESÍAS

DEL P. BASILIO BOGIERO

DE SANTIAGO.

POSTAS

DR. P. BASTIEN BOCILLO

DE SANTIAGO

R-53.574

10

POESÍAS

DEL P. BASILIO BOGIERO

DE SANTIAGO,

*Maestro de Retórica en el Colegio
de las Escuelas Pias de Zaragoza.*

que da á luz

D. L. G. P.

SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS

1826.

POESÍAS

DEL P. BASILIO ROGIERO

DE SANTIAGO

Maestro de Retórica en el Colegio
de las Escuelas Pías de Zaragoza.

que da á luz

D. L. G. R.

SEGUNDA EDICION.

MADRID

IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS

1826.

AL QUE LEYERE.

El padre Basilio Bogiero (ó Boggiero) de Santiago, nació en Celle, pueblo del obispado de Saona en el Genovesado, el 5 de abril de 1752. Su padre, que poco despues se trasladó á Zaragoza y se naturalizó en España, se dedicó con el mayor cuidado á educar bien aquel jóven que tanto prometía, y que el 17 de junio de 1768 abrazó el instituto de san José de Calasanz. Aunque en el año del noviciado no se les permite á los religiosos otro estudio que el de su regla y constituciones y libros de piedad, cuando el Maestro de novicios conoció las grandes disposiciones de

Bogiero , dispensó con él esta ley ; y le hizo leer aquel mismo año todos los autores clásicos de Grecia y Roma , y los grandes maestros de la lengua castellana. Entonces conoció á fondo el padre Basilio la naturaleza y las fuentes de la elocuencia , y el camino que debia seguir para ser con el tiempo un grande orador. Tambien aprendió entonces á manejar la lengua de Ciceron y Virgilio con aquella pureza, con aquella propiedad, con aquella elegancia que le era peculiar , y de que podrá dar una idea la oracion que publicamos al fin de estas poesías.

Despues que estudió la filosofia y teología , le encargáron sus superiores que enseñase la poesía y retórica en el colegio de Zaragoza. La instruccion pública se hallaba entonces en esta ciudad en aquel estado lastimoso á que la habian reducido el mal gusto y detestable método de enseñanza que se hicieron comunes en Espa-

ña desde mediados del siglo XVII; y el primer cuidado del padre Basilio fué poner remedio á este mal, origen de tantos otros. No es posible explicar con cuanto teson trabajaba para que sus discípulos tuviesen incesantemente en las manos los mejores trozos de los mejores escritores antiguos y modernos; ni con cuanta actividad se ocupaba en hacerles conocer todo el mérito de aquellas obras, hasta que por fin comprendian bien en qué consistia verdaderamente lo bello, lo bueno, lo útil de la literatura; y hasta que sus almas se penetraban de aquel *Quid deceat, quid non; quò virtus, quò ferat error* que, mientras viviesen, habia de ser la regla y el criterio de todos sus estudios. Así les inspiraba aquella especie de entusiasmo literario que los caracterizaba, y les hizo vencer despues cuantos obstáculos encontraron en el camino de las ciencias.

El que considere cuan poco tiem-

po le podia quedar libre á un hombre que, despues de emplear constantemente todas las tardes y mañanas en enseñar á cincuenta ó sesenta jóvenes, tenia que cumplir con los deberes del sacerdocio y con las prolijas y penosas prácticas de su instituto, creerá que el padre Basilio no podia dedicarse á ninguna otra tarea literaria. Sin embargo al mismo tiempo resonaban los templos de Zaragoza con sus sermones; y los Zaragozanos admiraban aquella fuerza de elocuencia, aquella novedad de estilo y aquel giro que sabía dar felizmente á sus pensamientos, por el cual aun los mas triviales adquirian en su pluma y particularmente en su boca una luz, unos visos, un colorido nunca visto. Al mismo tiempo traducia al castellano los Pensamientos de Pascal que, bajo el nombre de su hermano don Andres Bogiero, se imprimieron por la primera vez en 1790. Al

mismo tiempo publicaba la Vida del maestro fray Antonio Garces, donde tanto hallan que admirar los amantes de la elocuencia y los conocedores de la lengua castellana. Al mismo tiempo escribia aquella Introduccion á la Elocuencia española, y aquellas hermosísimas composiciones en prosa y verso con que daba á los exámenes públicos de sus discípulos una amenidad y hermosura que no habian tenido hasta entonces, ni han vuelto á tener despues acá. Y sobre todo al mismo tiempo escribia aquel Plan de Educacion que una muerte prematura no le dejó acabar.

Este Plan de Educacion era la grande obra del padre Basilio, la que mas á pechos habia tomado, la que mas hubiera honrado sus talentos, y la que mas útil hubiera sido á nuestra patria. Indignado al ver la injusta celebridad que habia adquirido el Emilio de J. J. Rousseau, y la vez

locidad con que se propagaban las impías máximas que su pluma encantadora hace adoptar á los incautos, se empeñó en desacreditar esta obra, no impugnando uno por uno sus errores, sino (como decia él mismo en el prólogo) levantando un edificio en frente para quitarle las luces. Comenzó pues á componer un Plan de educacion que, por la solidez de los principios, por la verdad de la doctrina, por la excelencia del método, por la inmensa y exquisita erudicion que encerraba, y señaladamente por la hermosura del estilo y bellezas del language de que tanto se paga nuestro siglo, eclipsase la obra maestra de aquel hombre á quien el infierno dijo: Toma doblada mi malicia *. Temeridad insigne parecerá á los que no han conocido al padre Basilio Bo-

* Con este rasgo caracteriza el P. Basilio á Juan Jacobo Rousseau: pag. 115.

giero la sola idea de querer, no digo obscurecer, sino competir con el filósofo de Ginebra: pero los que lo han tratado de cerca, sin atreverse á decir cual hubiera sido el mérito de una obra que no ha llegado á existir, y quedó muy á los principios, están bien persuadidos de que él era tal vez el único que, como filósofo y como orador, podia medir sus fuerzas con el autor del Emilio.

Así empleaba el tiempo el padre Basilio cuando tenia á su cargo la clase de retórica y poesía: así lo empleaba cuando enseñaba la teología á los jóvenes de su religion: así lo empleó desde el año 1795 en que fué nombrado predicador del Rey, hasta las ocurrencias políticas de 1808. Entonces, habiéndose levantado el reino de Aragon para oponerse á los designios del Emperador de los franceses, interrumpió sus tareas literarias, y dedicó exclusivamente su re-

putacion, su talento y su elocuencia á fomentar aquel extraordinario y nunca visto teson que admiró Europa en los Zaragozanos. Bien podia, sin dejar de ser útil á su patria salir de Zaragoza y alejarse del teatro de la guerra; pero como lo que se habia propuesto era animar á los demas con su viva voz y con su ejemplo, permaneció dentro de los muros de aquella ciudad y sufrió todos los horrores del primero y segundo sitio. Aun despues que capituló aquella plaza permaneció en ella para fomentar el patriotismo de aquel pueblo, hasta que informado el mariscal Lannes le mandó quitar la vida á principios de marzo de 1809.

Escribió el padre Basilio estas poesías en distintas épocas solo por dar un desahogo inocente á su corazon y descansar de tanta ocupacion que lo abrumaba: ellas mostrarán la fecundidad de su talento y el vuelo de su

fantasía. Sentimos haber de indicar que en un tiempo en que tanto alarde se hace de la cultura y del buen gusto, y de la delicadeza en materias de literatura, acaso habrá muchos á quienes no satisfagan los escritos del padre Bogiero. Aun cuando vivia habia muchos que no sabian oirlo; ¿qué extraño será que despues de muerto no todos sepan leer sus obras? Porque por nuestra desgracia es de todo punto cierto aquel pensamiento de La-Bruyere: Si son pocos los buenos escritores, ¿dónde están los que saben leer? Habrá pues de contentarse el nuestro, como Píndaro y Horacio, con un corto, pero escogido número de lectores; y ésta no será la menor de sus glorias literarias, si no nos engañamos.

Segun esto ¿estas poesías serán perfectas y no habrá en ellas manchas ni defectos? Estamos muy léjos de pensar así. Las obligaciones cien-

tíficas y literarias que le debemos al autor, si algo hemos aprovechado en la carrera de las letras, no nos ciegan ni deslumbran hasta tal punto. Es verdad que en estas poesías hallaremos tantas y tan grandes bellezas que podrán ponerse al lado de las mejores que se han publicado de cincuenta años á esta parte: es verdad que admiraremos en ellas una versificación tan fácil, tan natural, tan armoniosa, que no tiene igual en ninguno de sus contemporáneos: es verdad que los que sepan apreciar á Homero y Virgilio las leerán diez, ciento, mil veces sin cansarse: pero tambien es verdad que hallaremos en ellas alguna desigualdad y algun defecto.

Si tratásemos de disculpar no las poesías sino el Poeta diríamos, que el padre Basilio no las escribió para que pasasen á la posteridad; y que no las corrigió, por el poco aprecio.

con que miraba todo lo que era suyo. Trabajaba un discurso, una oda, un tratado; y no siendo cosa que luego, luego, hubiese de ver la luz pública, la ladeaba, la aislaba, la olvidaba, y no podia sujetarse á dar la segunda, la tercera, la última mano á sus composiciones. Pero á pesar de esto Bogiero con la pluma en la mano era lo que el célebre Goya con el pincel. Invencion, imaginacion, expresion feliz, novedad, singularidad, y aquel no sé qué por el cual los talentos originales no se parecen sino á sí mismos; he aquí lo que ofrecen desde luego los escritos del primero, y los lienzos del segundo. Inercia ó flojedad, ó poca flema para limar sus obras; he aquí en lo que se asemejan tambien Goya y Bogiero. Así es que á pesar de uno ú otro defecto los rasgos, las pinceladas, las bellezas que centellean, que hechizan, que arrebatan en las composiciones del padre

Basilio Bogiero de Santiago les darán seguramente un lugar muy distinguido en el parnaso español.

Hemos creído hacer un servicio importante á los literatos publicando en un solo tomo todas estas composiciones que por la mayor parte se habian publicado sueltas y separadas, y no era posible adquirir y conservar. Por la misma razon hemos añadido al fin la Sauliada, rasgo épico, que se habia impreso suelto, y sin esta precaucion tal vez hubiera perecido.

 ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>lin.</u>	<u>dice.</u>	<u>léase.</u>
27...	19	á lo infinito	al infinito
51...	2	Nemoroso.	Dalmiro.
68...	15	es su	no es su
70...	5	aterran	atierran
104...	17	armad	armado?
110...	23	los ángeles	dos ángeles
130...	9	la Cruz	en la Cruz
136...	7	temblan	tiemblan



ANACREÓNTICA I.

MI cítara dorada,
del Cielo única prenda,
es lo que del destino
me dejó la inclemencia.

De mis melancolías
la medicina es ella;
ella ahuyenta los sustos
que me tienen en vela.

Nunca canta ella choques,
nunca canta pelëas,
ni del amor insano
las demasías necias.

Con ella el pensamiento
se aparta de la tierra;

a

(2)

de la tierra, morada
de la ignorancia ciega;

De la tierra, el objeto
de las divinas flechas;
de la tierra y sus hijos
que al cielo mueven guerra.

Porque no escarmentaron
con las antiguas pruebas
cuando al cielo se alzaron
las frentes gigantëas.

Tres veces intentaron
batir al cielo en brecha;
tres veces de sus polos
arrancar las esferas.

Y tres veces cayeron
derribados por tierra:
tronando y fulminando
de Dios la invicta diestra.

De Senaar por los campos
rodaron sus cabezas,
y su infame cadáver
en Mongibelo humëa.

Y como si dichosa
pudiera aun ser la empresa

(3)

el áspero escármiento
á sus hijos no enseña.

Y locos y perdidos
contra el Cielo blasfeman.
Ah mortales ingratos!
Ah despreciable tierra!

ANACREÓNTICA II.

Volvamos al abrigo,
volvamos, mis ovejas,
que ya de los Triones
malignas influencias

Del Aquilon amargo
las iras acrecientan:
iras que á los arroyos
la dulce risa hielan.

Sus heladas Moncayo
sus nieves apareja;
y ya vemos nevadas
las cumbres Pirinëas.

Yo que de tí me aparto
lamentando tu ausencia,

(4)

daré, mi Doralisa,
al Cielo mil querellas.

Afanes y fatigas,
triste de mí! me esperan
hasta que ante mis ojos,
Bien mio! yo te vea.

Hasta que el campo esmalte
la verde primavera:
hasta que los rigores
del crudo invierno cedan.

Entónces, renovando
los céfiros la tierra,
sacarás tus corderos,
sacaré mis ovejas.

Pisando tiernas flores
por estas arboledas,
me contarás tus males,
te contaré mis penas.

Preñados tus dos ojos
de lágrimas honestas
me dirán: "Tírsis mio,
Tírsis, mucho me cuestas!"

O bien al redil vaya
á cerrar mis ovejas;

(5)

ó al solitario monte
á perseguir las fieras;

Conmigo, Doralisa,
conmigo, amada prenda,
vendrás al hondo valle,
conmigo á la alta sierra.

Me son aborrecidas
sin tí de estas riberas
las plantas, que á este rio
sirven de compañeras.

Es así, vida mia:
contigo allá en las selvas
pasaré yo los meses
de la estacion serena.

Tú quizá, fatigada
del calor de la siesta,
dormirás á la sombra
sobre la verde yerba.

Tejeré yo guirnaldas
de castas azucenas,
y tus divinas sienas
adornaré con ellas.

Y tú, de mis afectos,
Bien mio! no te ofendas



(6)

y con tu Tírsis usa
de estas condescendencias.

De Crespo los tesoros
siquiera otro posëa;
de Tírsis, Doralisa
solo el consuelo sea.

ANACREÓNTICA III.

El corazón me duele:
no sé si son cariños,
no sé si son cuidados
del sentimiento hijos.

Solo de rato en rato
me siento enternecido,
y triste y fatigado
arranco mil suspiros.

Las lágrimas me gustan,
y el razonar conmigo,
y del soto las sombras
y del bosque los sílbos.

¿Quién sabe si ignorante
el áspid me ha mordido?

(9)

dijese al casto oído:

Por tí Fileno llora!

ANACREÓNTICA V.

El sol de los Triones
yá pálido se aleja:
y el Aquilon hinchado
ya sus caballos suelta.

Ya sus lamentaciones
no entona Filomena:
yá callan los pastores
y callan ya las selvas.

El rostrituerto invierno
previene sus cadenas,
y ya se ven nevadas
las cumbres Pirinëas.

Yo que á mis soledades
me andaba en la ribera,
que el señor de los rios
con puras ondas besa:

Al retirado abrigo
llevo yá mis ovejas,

hasta que los rigores
del Capricornio cedan:

Hasta que Flora esmalte
del monte la ladera,
hasta que Tírsis busque
sombra en las arboledas:

Hasta que del tomillo
vaya á buscar el néctar
del Hibla á la pendiente
la susurrante abeja.

En tanto aquí á mis solas
cantaré á mis ovejas
cómo bravos los vientos
unos con otros cierran.

Diré del mar las ondas
que hasta el cielo se elevan
bramando de despecho
contra la opuesta tierra.

O bien diré: "Dos veces
y tres maldito sea
el que templó primero
la bélica trompeta:

El que al acero corte,
el que alas dió á las flechas,

(11)

el que encerró la muerte
de bronce en crudas piezas :

El que á los altos muros
coronó con almenas,
el que dió á los castillos
esquinas paralelas.”

Luego mudando el tono
al sol daré mil quejas,
porque tan pronto pasa
por la celeste esfera.

Porque tan inhumano
los dias nos cercena;
porque no me permite
ponerme en tu presencia.

Pero ay! que así la suerte
así el hado lo ordena:
la púrpura á tí cubre,
yo soy pastor de ovejas.

A tí para altos fines
te encamina tu estrella:
á mí tañer concede
las sicilianas cuerdas.



ANAGREÓNTICA VI.

Dalmiro, de tu madre
 el hijo mas querido,
 porque á veces sermones,
 y á veces haces libros;

Dalmiro, á quien yo quiero,
 Dalmiro, con quien riño,
 como la oveja muerde
 tal vez al corderillo;

¿Qué quieres, dí, qué quieres?
 ¿qué quieres, äa, dílo?
 ¿que yo te dé los dias,
 ó que te dé los siglos?

¿Quieres que un corto instante
 ausente de mí mismo,
 templando mis lamentos,
 dejando mis suspiros,

Te cante como canto
 mis los locos desvaríos,
 mis dulces amarguras
 mis sabrosos martirios?

¿O quieres que te cante
los bélicos conflictos,
ó el pífano flamenco,
ó el lililí morisco?

¿O quiéres que á los campos
nos vamos ó á los riscos,
y allí las graves penas
entonemos de Alcino?

¿O quieres que volemos
al cielo, dando giros,
de Píndaro imitando
los doctos desvaríos?

Porque yo quiero solo
que crezcas cuanto un pino:
que cuanto encina dures,
que vivas mas que un risco.

Que tu madre te vëa
de púrpura vestido,
y yo me vuelva loco
de haber profeta sido.

ANACREÓNTICA VII

en la toma de hábito de N.

Ven, ven, Irene, al arca,
que truena airado el cielo,
que hierve el mar hinchado,
ven, ven, Irene, luego.

Ven al seguro asilo
del paraíso ameno,
donde entrada no tienen
los pesares despiertos;

Donde la paz habita
y un dulcísimo sueño;
donde lugar no encuentran
los ayes lastimeros.

Fuera de este recinto
palpita todo pecho,
todo corazón tiembla:
ven, ven, Irene, luego.

¿No ves que á cada instante
las aguas van creciendo?
¿no ves que se desploma
el alto firmamento?

¿Nó ves que ya los montes
las ondas han cubierto?

¿nó ves que ya no hay tierra,
que es mar el mundo entero?

Ya no encontrarás playa,
ya no encontrarás puerto:
si quieres no perderte,
ven, ven, Irene, luego.

¿Qué harás, pobre paloma,
qué harás en tal extremo?
¡ay Dios! si te perdieras
yo perdería el seso.

De ver que vas volando
por el vago elemento
con alas desvalidas,

¡Dios mio! yo me muero.

Por Dios te pido vengas,
ven, dáme este consuelo:
ven, ven ¿qué te detienes?
ven, ven, Irene luego.

Cada instante que tardas
es para mí un tormento,
es un pesar de muerte,
es un puñal de hierro.

Tú todavía vuelas
las alas dando al viento;
y el viento insano sopla,
y yo penando espero.

¿Y de venir no acabas?
ven, ven, niña, ven presto:
ven, porque mil suspiros
me cuestas y mil miedos.

¿Cuántas, cual tú, volaban
caracoles haciendo,
burlando del peligro
escarneciendo al riesgo?

Y burlando y volando
al hondo mar cayéron,
sin saberse hasta ahora
si llegarón al suelo?

Su loca travesura
te sirva de escarmiento;
y aprende á ser prudente
con los males ajenos.

¿No ves cuantas perecen?
¿no ves cuantas se hundiéron?
de palomas difuntas
¿no ves el mar cubierto?

Vamos pues; ea, vamos,
 ven, ven, Irene, luego;
 ven, ven, Irene, al arca,
 ven, ven, Irene, presto.

ANACREÓNTICA VIII.

¡Oh bienaventurado
 quienquiera que se atreve
 con noble valentía
 á saber conocerse!

¡Quien el principio excelso
 mira de do descende,
 y sabe el alto origen
 de do á la tierra viene!

No enturbiarán su pecho
 los amargos placeres
 que de Adán á los hijos
 en tal grado envilecen.

Ni el aljofar y el oro
 que envía el occidente
 serán de él apreciados
 por verdaderos bienes.



Las huecas dignidades
 con que se ensoberbecen
 los míseros mortales
 no incitarán su mente.

Ni al inquieto alvedrío
 de dos ojos lucientes
 y de un gallardo rostro
 doblará la su frente.

En su Dios y en sí mismo
 hallará mas deleites
 que pueda lisonjero
 el mundo prometerle.

ANACREÓNTICA IX.

Los cálices de Baco
 los beba quien quisiere,
 la rubia malvasía,
 los ciprios moscateles.

Que mis cinco sentidos
 los vinos aborrecen,
 los que quebrantan peñas,
 los que la sangre encienden.

(19)

El vino allá llevadlo
á los Triones siete:
llevadlo allá, do hiela
al año doce meses.

Aplique yo mis labios
á cristalinas fuentes,
que el fuego que en mis venas
corre encendido, templen.

Y cuando bramen recio
los cierzos montañeses,
de té dadme una copa,
con azucar y leche.

Venga el té ultramarino
que el alma al cuerpo vuelve;
y la leche, ambrosía
de angélicos banquetes.

Y leche y té bebamos,
y bebamos té y leche;
y alárguese la vida,
y púdrase la muerte.

b 2

ANACREÓNTICA X

para dar fin por la mañana á unos ejercicios de Retórica y Poesia.

La débil navecilla
cuando á la hondura viene
no sabe ya tornarse
ni á navegar se atreve.

Y pálido el piloto
el derrotero pierde,
y de su atrevimiento
ya tarde se arrepiente.

Y vuelve sus miradas
á la costa mil veces;
mas ella á cada punto
se aparta y desvanece.

Este es nuestro retrato,
nuestro destino es éste;
á medio rio estamos
do es el raudal mas fuerte.

Mas con vuestros favores
nuestro ánimo se atreve

á pasar adelante
con corazon valiente.

Id pues, y cuando Febo
decline al occidente,
tornad á dispensarnos
vuestras grandes mercedes.

ANAGREÓNTICA XI

*para dar principio por la tarde á unos
ejercicios de Retórica y Poesia.*

A mitad nos hallamos
del atrevido intento ;
la playa está distante,
la tierra aun está léjos.

Nos falta la experiencia,
nos sobran los recelos,
temblar nos hace un silbo
del animoso viento.

Y vamos navegando
con todo á vela y remo ;
porque si somos niños,
vosotros sois discretos.

Vuestra vista, Señores,
 nos llena de respeto;
 pero también infunde
 sublimes pensamientos.

Si vuelvo á mí los ojos
 de temor desfallezco:
 mas si á vosotros miro
 transformado me siento.

Esta mañana oísteis
 de Ciceron los truenos,
 de Salustio los golpes,
 de César los esfuerzos,

Escuchad esta tarde
 de Ovidio los lamentos,
 de Virgilio la trompa
 y el añafil guerrero;

De Horacio de Venusia
 los atrevidos vuelos;
 y del Bilbilitano
 los agudos conceptos,

Y ved qué tal nosotros
 en pos de ellos corremos,
 aunque con flacas fuerzas
 con loables deseos.

(23)

Mas basta de palabras,
basta, que ya me excedo:
y mal le está á un muchacho
el ser muy palabrero.

Y así merced os pido
con todo rendimiento;
no desprecieis, Señores,
nuestros humildes ruegos.

ANACREÓNTICA XII

al mismo asunto que la anterior.

Oh tres veces ilustre,
tres veces gran Mecénas!
segunda vez venimos
á la presencia vuestra.

Segunda vez al viento
alargamos las velas,
dejando atrás la orilla
y la segura tierra.

El aliento propicio
de vuestras indulgencias
es el impulso suave
que al hondo mar nos lleva:

Que en estado nos pone
de andar ondas inciertas,
de arriesgar nuestra nave
á tempestades recias.

Mas con vuestros favores
van las armadas nuestras,
movidas de los vientos
que allanan la carrera.

Y no temen al Noto
que sus caballos suelta;
ni al Aquilon que brama
por las nevadas sierras.

Conque proseguiremos
la comenzada senda,
hasta llegar al puerto
libres de contingencias.

Sabed que nos anima
esta vuestra presencia;
sabed tambien empero
que el alma titubëa.

Este silencio espanta
turba nuestras idëas;
y en tanto que esto digo
el pecho á mí me tiembla.

Mas no por eso cedo
á la pueril flaqueza:
somos nosotros niños,
grande es vuestra prudencia.

Escuchad pues atentos
cual Ovidio se queja,
cual Marcial se escarnece,
cual Horacio se eleva:

Cual Plauto las costumbres
retrata en sus comedias,
cual Maron tañe activo,
la bélica trompeta:

Cual Propercio acompaña
con las líricas cuerdas
las tristes Elegías
que en Tibulo son penas,

Escuchad; y mas años
la Fortuna os conceda
que en los campos hay mieses,
que en las playas arenas.

ANACREÓNTICA XIII.

Tú quieres que te suelte,
Paloma Diónéa;
tú pretendes que á Elisa
te envíe mensagera.

Yá á volar te apercibes,
ya las alas desplegas:
ya por el viento insano
desesperada trepas.

De amor tus ojos ebrios
alegres centelléan;
y de carmesí el pico
un punto no sosiega.

Detente, no me mates
con impacientes priesas:
temo tu gallardía,
temo tu ligereza.

No vas de Palestina
del Nilo á las riberas:
no vas desde la Siria
de Mémfis á las vegas.

A Elisa yo te envió
del Occidente reina,
á Elisa á cuyo aspecto
su augusta Corte tiembla,

Cuando el excelso solio,
donde reside, veas;
qué harás blanca paloma?
qué harás que error no sea?

Si vibra de sus ojos
las centelleantes ruedas;
es de temer que absorta
allí á su vista mueras.

Mas nó; que su ternura
¡guala á su grandeza;
de su esplendor los rayos
templando su clemencia.

Y así díla animosa:
"Quiero, Elisa, que sepas,
que á lo infinito te ama
la invicta Celtiberia;

Que mas que en sus distritos
en sus afectos reinas;
que todos los amores
en triunfo tras tí llevas:

Que se postran rendidas
á tus hermosas prendas
las ciudades, los montes,
y las verdes riberas:

Que en medio de su asombro
solo á decir no aciertan:
ó si eres mejor Madre,
ó si eres mejor Reina.

ANACREÓNTICA XIV.

De rosas y jazmines
coronada la frente,
vé, dulce cantinela,
vé ¿por qué te detienes?

Anda, vé: que si saben
á quien enviada eres,
se allanarán los montes,
se desharán las nieves.

De San-Martin el puerto
su cerviz eminente
por darte paso franco
á tí postrada ofrece.

Porque á Amor ¿quién resiste?
á Amor que todo puede ;
á Amor que al mismo Jove
cuando le place vence ?

Pero si por ventura
que te diga quisieres,
quién es á quien te envió ;
escucha atentamente.

En llegando á los muros
de aquella ciudad fuerte,
que sitiáron en vano
mil agarenas huestes ;

Ve buscando la casa
do su manida tienen
el juicio, la prudencia,
la virtud eminente.

Señales son muy ciertas
la hallarás facilmente ;
y hallarás todavía
mas de lo que dijere.

Dichosa cantilena !
Dichosa tú mil veces,
á quien es concedido
tener tan feliz suerte !

CANCIÓN.

¿Llegará acaso el día
en que libre se vea
la triste ánima mía
de esclavitud tan fea?

En que el cuello desate
de esta dura cadena,
que así la alteza abate
del hombre? Oh! y no me pena!

En que de tal dolencia
ya bien convalecido,
sepa por experiencia
el riesgo que he corrido?

Mas ay! que ya me faltan
las fuerzas para tanto:
mil cuidados me asaltan
y me llenan de espanto?

Ay! que otra vez adoro
las crüeles prisiones
ay! que miéntas mas lloro
doblo los eslabones!

Ay! que otra vez me engaña
el halago engañoso
de quien tanto me engaña,
y aborrecerlo no oso!

Quiero desenlazarme
de enemigo tan fiero:
quiero: *ma non he l'arme:*
quiero, ay de mí! y no quiero.

Oh Padre omnipotente,
mi flaqueza y dolor
á vos es bien patente,
curadla pues Señor!

Sí, Dios y padre mio,
vuestra piadosa mano
á mi enfermo alvedrío
hará robusto y sano.

Y andaré yo ligero
en pos de tus pisadas
por el llano sendero
de tus leyes sagradas.

Y libre ya de cuanto
esclavo me ha tenido,
tu nombre sacrosanto
cantaré agradecido.

ENDECHAS.

*De los fatigados
de los tristes pechos
descanso divino
ven, sueño, ven sueño.*

Ven, sueño, y hagamos
yo y mis pensamientos
si no paces, treguas
siquiera un momento.

Siquiera en las horas
que concede el cielo
para los mortales
alivio y contento;

De los fatigados &c.

De sombras cercada
causando silencio
la luna declina
ya al otro hemisferio.

Los mares profundos

ya sus movimientos
calman, alegrando
á los marineros.

De los fatigados &c.

Yo solo mi suerte
sufrir no pudiendo,
maldigo mil veces
de mi nacimiento.

Suspiro, y mis ojos
y manos elevo
al Cielo, principio
de mis desconsuelos.

De los fatigados &c.

Pero mis quebrantos
no llegan al Cielo:
él sordo que sordo,
yo ciego que ciego.

Héme aquí rendido;
héme que me entrego;
dichoso si un dia
de pesares muero!

De los fatigados &c.

Está de mi suerte
escrito el decreto
en tablas de bronce
con pluma de acero.

Entre los mortales
no busco el remedio;
ni de las estrellas
lo pido, ó lo quiero.

*De los fatigados
de los tristes pechos
descanso divino
ven, sueño, ven, sueño.*

ENDECHAS.

La noche, su manto
sus sombras tendiendo,
espanto á los hombres
reparte y silencio.

La noche me encanta,
la noche yo quiero;
porque mis cuidados
de noche son ménos.

De noche á mis solas
contra mí me vuelvo;
yo mismo á bocados
comiéndome el pecho.

Éste es el alivio,
éste es el consuelo,
morir á mis manos,
morir sin remedio.

Para mí no se hizo
la paz ni el sosiego;
cerróse la puerta
para mi consuelo.

Ya lloro, ya callo,
ya acabo, ya empiezo;
á mis frenesíes
tornando y volviendo.

Me mato, me apuro,
sin pausa, sin duelo:
ya dejo la herida,
ya la herida tiento.

ÉGLOGA I.

Poeta. Nemoroso.

POETA.

Las Musas de Sicilia me prendáron,
 y el tono y las silvestres cantilenas;
 con ellas los pastores se ensayáron
 en las florestas á templar sus penas:
 que es dulce cosa que la paz concilia
 el cantar de las Musas de Sicilia!

Por ellas las ciudades y el estruendo,
 por ellas en mi tierna adolescencia
 los hombres y su sombra aborreciendo,
 la soledad amando y la inocencia,
 y el llanto de los dulces ruseñores,
 quise pasar mi vida entre pastores.

Y á no me perseguir la estrella mia,
 por ventura en los montes yo viviera;
 y en el silencio de la selva umbría
 esperára mi hora postrimera;
 y al asomar dorado en el oriente

durmiendo me encontrára el sol saliente.

Pero el rigor del bárbaro destino
me aparta de mis caras soledades,
llevándome por sendas sin camino
á lamentar mis infelicidades;
y pues no puedo yo, mi pensamiento
va por la soledad y apartamiento.

Y en tanto que amanece el claro día
que al campo me traslade y soto umbroso,
entretengo mi enferma fantasía,
pintándome el estado venturoso
del que duerme á la sombra en la espesura
al ruido de una fuente que murmura.

Aquella amenidad, aquellos prados,
aquel cuando las yerbas reverdecen
ver cual riñen dos chotos descarados,
aquellas sombras que á la tarde crecen,
aquel cielo sereno, aquel retiro,
es el descanso por que yo suspiro.

Para eso nací yo, para á mis solas
repetir junto al río mi tonada
al compas de las cuerdas españolas;
para llevar al monte mi manada;
y allí entre los floridos romerales

llorar las ocasiones de mis males.

O bien á mí me dieran, que en la cumbre de Betel, ó de Hermon en la corriente cantára; do David tuvo costumbre de amansar de los rios la corriente; David, el que cantaba como Orfeo ántes de ser terror del Filisteo.

Era del año la estacion florida, y á los campos el zéfiro amoroso la hermosura prestaba ya perdida; las aves en aquel dulce reposo escuchaban las rústicas canciones que á Títiro inspiraban sus pasiones.

Nemoroso el redil desamparando su ganado guñaba á la montaña, desde donde la márgen contemplando que el manso Ibero con sus aguas baña, con tan doliente voz que enternecía las piedras, suspirando así decia.

NEMOROSO.

De mi feliz y alegre adolescencia pasáron los momentos, mas ligeros que del cierzo furioso la inclemencia

los claveles marchita en los floreros;
 más presto que á los ciervos voladores
 alcanzan los agudos pasadores.

A aquellas solitarias espesuras,
 do ni llegan pastores ni rebaños,
 me llevan á llorar mis amarguras
 el doloroso fin de mis engaños:
 mas aunque soy pastor desventurado
 gracias al Cielo doi y á mi ganado.

De esta mi desventura no me diéron
 muestra de la corneja las canciones,
 ni los funestos cuervos repitiéron
 pronosticando sus lamentaciones;
 ni el corazon, que á veces me adivina,
 conoció la tormenta ya vecina.

Ay de mí! sin señal y sin aviso,
 y cuando el golpe ménos esperaba,
 (así mi cruda suerte, así lo quiso!)
 el arco contra mí ya se flechaba:
 mas aunque soi pastor tan desdichado
 gracias al Cielo doy y á mi ganado.

Desde aquel no esperado y triste día,
 no me oyéron cantar estas riberas
 las rústicas tonadas que sabia:

los rebaños maldije y parideras,
y contra un pino el rústico instrumento
tiré, cediendo al duro sentimiento.

Ni á mí ya las ontinas olorosas,
ni á mí ya los cantuesos florecientes,
ni el morado alelí, ni á mí las rosas
me agradaban, ni arroyos yá, ni fuentes:
mas aunque soi pastor desventurado
gracias al Cielo doi y á mi ganado.

Y para que mi grey de mi quebranto
tuviera, y mis corderos claro indicio,
me coroné de tejo y amaránto
y á consolarme vino mi Salicio:
yo sin volverle el rostro le decia;
Si no estuviera triste, moriría.

Decid si me alegré, prados amenos,
que lo digan las selvas y pastores,
si de llanto mis ojos siempre llenos
han regado estas yerbas y estas flores:
mas aunque soi pastor desventurado
gracias al Cielo doi y á mi ganado.

Y tú, mi pobre choza, que me viste
alegre respirar este aire puro;
tú, que mis dulces versos repetiste

ántes que amaneciese el dia obscuro
 en que apuró mi pena mi paciencia,
 dílo, tú; si va poca diferencia.

Acompañado yo de mi ganado,
 de la arboleda al soto me subia:
 del monte al colmenar, de allí al cercado,
 euando en el cielo el sol en fuego ardia;
 andando como suele abeja Hiblea
 que vuela del tomillo á la ajedrea.

Y madrugando yo mas que el Lucero,
 ó al paso de mis cabras entonaba,
 ó puesto sobre algun despeñadero
 el lamentar de Lícida escuchaba:
 y allá en el hondo valle repetidos
 de algun zeloso toro los bramidos.

Esto fué Nemoroso: mas ahora
 no es mas de lo que quiere la fortuna;
 es un pastor que dia y noche llora,
 y pues todo le enoja y le importuna
 sino de sus corderos el cuidado:
 gracias al Cielo dá y á su ganado.

Gracias al Cielo doi, y en la vecina
 sierra mis corderillos apaciento,
 y cuando avisa el sol que ya declina

los vuelvo á su redil y encerramiento,
los miro de uno en uno, y mis sentidos
se enternecen de verlos recogidos.

Y á aquella que en los orbes celestiales
mas que la luna llena resplandece,
que incline sus miradas virginales
á este rebaño, que á su sombra crece,
le suplico: y su dia con tonada
celebrado será y con enramada.

Tomaré seis claveles encarnados
que en esta clavelina ya rebientan,
y doce girasoles levantados,
y éstos blancos jazmines que ya alientan:
las puras azucenas no tocadas
ataré con las violas demayadas.

Llevarélo á los ínclitos pastores
á quienes obedecen estos rios,
estas comarcas y sus moradores,
de quien son propios los corderos míos:
y si de ellos mi don no es desdeñado
gracias al Cielo doi y á mi ganado.

ÉGLOGA II.

Poeta. Nemoroso. Alcino.

POETA.

Cerca del Ebro, de árboles sombríos
 plantado se descubre un soto ameno,
 do los vientos respiran siempre frios
 y el suelo está de verde yerba lleno:
 allí á la sombra templan los pastores
 la rigorosa siesta y sus ardores.

Ni dia, ni noche, cesan los cantares
 que entonan los pastores inocentes
 sus dichas repitiendo y sus pesares;
 y si no con acentos diferentes,
 su lastimosa suerte y grave pena
 quejándose refiere Filomena.

De coloradas rosas adornada
 su frente ya la Aurora descubria,
 y la luz por los cielos derramada
 manifestaba estar vecino el dia:
 cuando de su cabaña al prado umbroso
 llegó el pastor Alcino y Nemoroso.

Alcino y Nemoroso á la par diestros
 en cuidar de sus atos y rediles,
 y en música silvestre los maestros
 de los ayuntamientos pastoriles:
 cantaba el uno, el otro respondia,
 Alcino el de mas tiempo así decia:

ALCINO.

Así como al rayar la madrugada
 de la noche el horror desaparece:
 así como de Abril á la llegada
 al mundo el sol sereno resplandece,
 y en vez del regañon, respirá el blando
 zéfiro las campiñas alegrando:

Así olvidé las ansias yo primeras
 cuando Tírsis se vino á mi cortijo;
 y mostrándole yo mis parideras
 "á mi cargo las tomo, Alcino, dijo."
 Paced sin sobresalto, ovejas mias,
 que Tírsis cuidará de vuestras crias.

NEMOROSO.

No tanto el pastorcillo se recrea
 con la sombra del soto en el estío,

ni el ganado pacífico sestea
 tan dulcemente junto al hondo río,
 cuando subido el sol á la alta esfera
 abrasa el monte y quema la ribera:

Ni así el blanco cordero se apresura
 cuando su madre de pacer ya viene,
 cual yo porque de Tírsis la ternura
 de mi pobre rebaño cuenta tiene.
 Mi rústico rabel á Tírsis cante,
 á Tírsis solo alabé en adelante.

ALCINO.

Si á Tírsis mis ovejas y primales,
 si le agradan á Tírsis diez rebaños
 de mis diez veces ciento recentales,
 bendeciré mis dias y mis años;
 y al paso de mi grei con mis canciones
 cantaré de mi bien las ocasiones.

No temeré las fieras ponzoñosas
 que inspiran el veneno á mis corderos,
 y si ahullan en las noches tenebrosas
 despreciaré los lobos carníceros.
 Paced sin sobresalto, ovejas mías,
 que Tírsis cuidará de vuestras crías.

NEMOROSO.

Desde que Tírsis vino á estas majadas
 pace seguro por la sierra el hato,
 y sin perros seguras las manadas
 de las fieras no temen el rebato,
 ni dar voces se escuchan los pastores
 persiguiendo á los lobos malhechores.

Yo mismo á cielo abierto y sin cercado
 pienso vivir entre estos saucedales,
 y sin miedo en mitad de mi ganado
 cantando aventajar á mis iguales.
 Mi rústico rabel á Tírsis cante,
 á Tírsis solo alabe en adelante.

ALCINO.

Por Tírsis de mi pecho se alejaron
 las penas que otra vez me atormentaban,
 que aunque pastor de ovejas me angustiaron
 recelos que á turbarme madrugaban:
 y para mí con la melancolía,
 prolija era la noche, largo el día.

Mas en llegando Tírsis á estos rios
 volvió á mis pensamientos el concierto;
 y recobrando los pasados brios

no soy Alcino yá, soy otro, cierto.
 Paced sin sobresalto, ovejas mías,
 que Tírsis cuidará de vuestras crias.

NEMOROSO.

A mí ningun afan me entristecia
 sino la presuncion de Alfesibeo,
 que pensaba que en versos excedia
 á todos los zagales del Liceo;
 y que no se movió con tanta gracia
 la dolorosa lengua del de Tracia.

Mas ántes que la luna se llenase
 vinimos ámbos á una competencia,
 y como yo corrido lo dejase
 su zampoña maldijo y aun su ciencia.
 Mi rústico rabel á Tírsis cante,
 á Tírsis solo alabe en adelante.

ALCINO.

Para Tírsis será pues mi manada,
 para él de mi florero los claveles,
 para él la leche fresca y la cuajada,
 de mis parras para él los moscateles:
 los panales para él de mis colmenas,

para Tírsis mis dulces cantilenas.

Su nombre solo en estas soledades
será de los pastores repetido,

á Tírsis podrán leer otras edades
en las tiernas cortezas esculpido.

Paced sin sobre salto, ovejas mías,
que Tírsis cuidará de vuestras crias.

NEMOROSO.

De castas azucenas tengo un tiesto,
y allá junto á mi choza unos rosales,
y un par de tortolitas en un cesto,
y color van tomando mis frutales:
pobre de quien los toque! que mis perros
contra él darán ladridos de los cerros.

Todo esto es para Tírsis, y algun dia
á mas dos cabritillos saltadores
llevaré, con la madre que los cria;
y una guirnalda de purpúreas flores.
Mi rústico rabel á Tírsis cante,
á Tírsis solo alabe en adelante.

ALCINÓ.

Mi zampona es la cosa que mas amo,
mi zampona mi dulce compañera,

d

con ella las errantes reses llamo,
 por ella me conoce esta ribera,
 de Títiro era; y Títiro el divino
 al espirar me dijo: Toma Alcino.

Pues mi zampona quíteme mi suerte,
 y á mi despecho Amínta la posea,
 y ántes mi canto cese con mi muerte
 que de Tírsis privado yo me vea.
 Paced sin sobresalto, ovejas mías,
 que Tírsis cuidará de vuestras crias.

NEMOROSO.

Mis mansos corderillos siempre han sido
 el descuento de todos mis cuidados:
 otro placer al Cielo no le pido
 sino que siempre de él sean guardados:
 y de esta fuente junto al nacedero
 á mí me arrulle el viento pasagero.

Guárdeme mis corderos y cabaña,
 pero á Tírsis me guarde el santo Cielo:
 á Tírsis mayoral de esta campaña,
 Tírsis de mis ovejas el consuelo:
 Mi rústico rabel á Tírsis cante,
 á Tírsis solo alabe en adelante.

ÉGLOGA III.

Poeta. Nemoroso. Alcino.

POETA.

Tornemos á las selvas, Musas mias,
 á las selvas y mudas soledades
 á cuidar del ganado y de las crias,
 y habítese el que quiera las ciudades;
 que no se halla el sosiego y el contento
 sino en la soledad y apartamiento.

Vamos allá, del bosque al sitio umbroso,
 ó á respirar el aire de la olmeda,
 donde entregar mis miembros al reposo
 libre de sobresalto y miedo pueda:
 y mientras yo á la sombra esté soñando
 la tórtola de amor esté llorando.

Háganme compañía mis corderos
 cuando el sol amanezca y cuando espire:
 con ellos suba yo por los oteros,
 con ellos de la dehesa me retire;
 y aunque siempre penando esté, siquiera
 con ellos viva yo, y con ellos muera.

d 2

No le pido yo al Cielo que acreciente
 mi cabaña con nuevos recentales,
 ni rabel pido nuevo y excelente
 con que pueda pasmar á mis iguales:
 paz pido al justo Cielo, que la vida
 cinco años há que me es aborrecida.

Paz pido y pediréla sin cansarme;
 y si el Cielo á mis quejas sordo fuere
 no podrán de mi mal la culpa darme,
 ni dirán que lo pene pues lo quiere:
 ni ciego llamarán al triste Alcino
 sino al rigor de su áspero destino.

Mas basta yá de llantos y lamentos;
 entonemos los prados y las flores,
 ó cantemos mas dulces sentimientos
 y el tierno suspirar de dos pastores:
 de Dalmiro las dulces cantilenas,
 y de Alcino el quebranto y duras penas.

Alcino era un pastor desventurado
 que cantaba del Ebro en las orillas,
 de su manada siempre acompañado,
 ó de Dios las soberbias maravillas,
 ó cantaba sus noches mal dormidas,
 ó sus fatigas mal agradecidas.

Dalmiro en el cantar le aventajaba, ó
 Dalmiro el de la voz encantadora;
 mas al pastor Alcino tanto amaba,
 que sin él no sabia estar un hora:
 y viéndolo afligido en la ribera
 lo empezó á consolar de esta manera:

DALMIRO.

¿En qué piensas Alcino? qué imaginas?
 ¿por qué no pondrás fin á tus pasiones?
 ¿por qué en atormentarte así te obstinas
 el silencio buscando y los rincones?
 ¡Ah desdichado Alcino! que si no eres
 el pastor mas feliz, es que no quieres.

Siempre llorando, siempre solitario,
 siempre de aquestos valles por la hondura,
 ó culpando al destino temerario,
 ó llamando menguada á tu ventura;
 entristeciendo á todos los zagales
 con la historia importuna de tus males.

Olvida los pasados desconsuelos,
 y entrando por las selvas apartadas,
 vivamos sin martirios ni recelos;
 ó hagamos en las fuentes enramadas,

ó cazemos los verdes pajareles,
ó manojos hagamos de claveles.

O si de tu garganta á tanto llega
el son, canta del Ebro las corrientes,
que trasformando van en verde vega
los riscos y los montes eminentes:
y de un solo hombre al eficaz aliento
avasallado el húmido elemento.

ALCINO.

Ah Dalmiro, Dalmiro! tú no sabes,
no sabes de mi mal las ocasiones;
ni el aspereza de las penas graves,
principio y fin de mis lamentaciones.
Tú no sabes, Dalmiro, que yo fuera
ménos desventurado si muriera.

No sabes que da el Cielo en perseguirme,
que de uno en otro mal siempre me lleva;
indignado de ver que un pecho firme
á una prueba resiste y otra prueba:
que en luto se ha trocado mi alegría,
y mi cantar en lúgubre armonía.

¿De qué, de qué me sirven mis manadas?
¿que alivio tengo yo con mis cantares?

¿ni que gozo en mis rústicas tonadas
 si así que así me comen mis pesares?
 ¿si miéntas duermen todas las criaturas
 trozos me hacen á mí mis amarguras?

Los cipreses me agradan y los tejos,
 y el soto mas callado y mas obscuro,
 y de los montes el que está mas léjos,
 y el ave que adivina el mal futuro;
 y de la cardelina el dulce lloro,
 porque perdió su bien y su tesoro.

Así paso mis dias, así vivo;
 y así los pasaré, si así le agrada
 al que niega á mi mal el lenitivo,
 al que de mi vivir no se apiada.

Oh Cielo, en tu manejo incomprehensible
 ¿por qué me diste un pecho tan sensible?

A Dios ya para siempre, gozos míos;
 á Dios de esta ribera deleitosa
 árboles, que os mirais en estos rios;
 á Dios, vida pacífica y dichosa:
 á Dios, retiro, donde yo vivia
 en otro tiempo cuando Dios queria.

Mis ovejas han sido arrebatadas,
 y á otro rio llevadas y á otro clima:

mis mieses y mi viña hechas tajadas ;
 déjame pues llorar , deja que gima :
 que cuando del dolor la fuerza excede
 aquel es mas cobarde que no cede.

Yo me rindo del Cielo á los rigores ,
 yo bendigo la mano que me hiere ;
 y por premio de todos mis sudores
 solo esto pido en caso que viviere :
 este descanso y esta merced pido ,
 que sea yo pastor como lo he sido.

ÉGLOGA IV.

ABIGAIL.

La cumbre del Carmelo es mi morada,
 y del soto las sombras y espesuras,
 donde sobre la yerba recostada
 no siento ni pesares ni amarguras :
 y cuando el sol abrasa en el estío
 bajo á pasar la siesta al hondo rio.

No hay pastora en toda esta cercanía
 que sus gozos y penas no me cuente,

que en estas soledades á porfia
 conmigo sus corderos no apaciente,
 que no desée ser mi compañera
 corriendo esta amenísima ribera.

Jugamos á hacer lindos canastillos,
 á quién teje guirnalda olorosa,
 á prender á los simples pajarillos
 armándoles celadas engañosas:
 mas viéndolos penar, tanto me duelo
 que los dejo otra vez tomar el vuelo.

Sabemos donde hay nidos, donde canta
 el ruseñor su triste sentimiento
 con tan sonora voz que nos encanta;
 donde están los abrigos contra el viento;
 donde corre el arroyo claro, y donde
 la cariñosa tórtola se esconde.

Mas cuando de la noche el manto obscuro
 tan solo deja un tercio al claro día;
 cuando se aparta el sol mas del Arturo,
 venimos á Belen en romería:
 pues Dios nació en Belen entre pastores
 para bien de los siglos malhechores.

Cada año celebramos esta historia
 con danzas y conciertos pastoriles,

cada año repetimos la memoria
al son de los silvestres tamboriles:
cantando de Jesus el nacimiento,
remedio del humano perdimiento.

Porque cuando la tierra era reciente
despues que la hizo Dios á pocos dias,
siendo el pastor Adan aun inocente
no habia ni calor ni escarchas frias,
ni mordian los lobos carniceros,
ni los perros guardaban los corderos.

Ni de guerra las trompas asustaban,
ni el hierro de la espada relucia,
ni engaños ni traiciones se tramaban,
ni qué era sobresalto se sabia:
viviendo así el pastor quieto y seguro
sin temer mal presente ni futuro.

Era clara la luz de las estrellas,
y acordes entre sí los elementos;
brotaba el campo solo flores bellas,
no se oian bramar los locos vientos,
ni sin freno insensatas las pasiones
turbaban los humanos corazones.

Duró poco este tiempo: se trocaron
los dias de apacible primavera:

los vientos contra vientos se estrelláron
 cegando el resplandor de la atmósfera,
 el gozo se mudó en amargo llanto,
 y la paz en estruendo y en espanto.

De mal tamaño causa desgraciada
 oh momento fatal! fué una pastora,
 hermosa, cuanto mal aconsejada,
 y en demasía crédula en mala hora,
 que escuchando la voz de la serpiente
 fué el estrago mortal de nuestra gente.

Porque un vergel hermoso paseaba
 de plantas hermosísimas poblado,
 en donde todo el orbe gobernaba
 Adán de todo sér reverenciado;
 Adán, señor de cuanto acá en el suelo
 el Hacedor crió del alto cielo.

Un día que á sus solas sin cuidado
 Eva por los frutales discurría,
 respirando el ambiente perfumado
 que la selva aromática esparcía;
 oyó una dulce voz con que le hablaba
 una perjura sierpe que allí estaba.

¿Por qué, linda pastora, así te privas
 del fruto que en este árbol colorea,

mas sabroso que el néctar y el almívar
y que la miel que labra abeja hiblea?
coge la hermosa fruta, que no es justo
que por temor te niegues á tu gusto.

Al punto se detuvo; y luego entrando
con la sierpe fantástica en razones,
su tierno corazón se fué ablandando
del placer con las dulces impresiones;
y creyendo comer sabrosas mieles
tragó el fruto vedado y puras hieles.

No quedó en Eva sola el desvarío,
comió tambien Adan perdido el seso;
y luego trastornó el manjar impío
sus entrañas, llenándolas de exceso:
y siendo venturosos é inmortales
quedáron á los brutos casi iguales.

Y á no haber sido tanta la blandura,
á no ser del Señor tal el cariño,
eterna fuera nuestra desventura:
mas naciendo entre pajas Jesus niño,
el Cielo se aplacó, y naturaleza
volvió á su antigua gracia y su belleza.

CANCION I.

Profecía de San Pedro.

Ay de mí triste! Cuál, cuán lastimero
estaba de la Cruz en el madero
Cristo Jesus! La faz limpia y serena
donde el Padre se mira,
y mirándose allí templa su ira,
de sangre y sudor llena:
los ojos que su luz al sol prestaban
ay! turbios y difuntos se mostraban:
á impulsos de una lanza el pecho abierto;
descolorido el cuerpo, frio, yerto.

Viéronlo así los cielos y lloraron:
perdió su luz el sol; se quebrantaron
las peñas de dolor; se estremecieron
del mundo los dos polos; y temieron
ser vueltos con tan lúgubres señales
á la primera nada los mortales.

En tanto que plañía de este modo,
de su Hacedor la muerte el mundo todo,

de Zebedeo el hijo

á Jerusalem vuelto así le dijo:

Ah gente descreída, gente ingrata!

¿qué nuevo desierto te arrebató?

¿quién así te deslumbra y precipita?

¿cuál furia del infierno así te agita?

Tú pagarás la pena (yo lo fio

por la diestra de Dios y poderío),

tú pagarás, pueblo bestial y necio,

tamaño atrevimiento á caro precio.

Tú, que de tal crueldad haces alarde,

algún dia sabrás, empero tarde,

que ese Señor que condenaste á muerte

el Cristo es del Señor; aquel Dios fuerte

cuyo nombre tres veces sacrosanto

á infiernos, cielo y tierra, pone espanto.

Esa sangre, vertida por el suelo,

no dejará de dar voces al cielo

hasta que el sumo Dios, que en lo alto mora,

sobre tí, raza infame,

de su enojo el mayor golpe derrame.

No envainará él su espada vengadora

hasta que tu pecado

sea de todo en todo castigado.

Ya la soberbia Roma

á su cuidado toma
del Deicidio horrendo la venganza.

Mira, cuán sin tardanza
sus lucientes segures apercibe!

ya sus siete collados
de Sion contra la cima veo armados.

Las tribus y centurias
vengarán las injurias
que hiciste al Dios de Abrahan; y cruda guerra
moverá contra tí toda la tierra.

Oye que al son del bélico instrumento
con no visto corage y ardimiento
sin número escuadrones se congregan.

Oh! ya el mar atraviesan! ay! ya llegan
de Judea á los fines!

Las trompas y clarines,
los lítuos retorcidos,
hieren yá mis oidos.

Ya cuál vienen marchando se descubre!

La innumerable soldadesca cubre

los montes y llanuras,

los valles y espesuras.

Ya por los aires sube

de espeso polvo una crecida nube;
y, como que barrunta su ruina,
tiembla de un cabo al otro Palestina.

¿Nó ves que contra tí las huestes fieras
viene guiando Tito,
al aire tremolando las banderas?

Tito, á quien concedió su padre mando,
cubierto de loriga

de un caballo brioso ya fatiga

con carcaños herrados

los poderosos lados:

la fulminante lanza que blande

presto será bañada en sangre hebrea!

¿Qué sentirás, Jerusalen cuitada,
cuando de tal peligro seas cercada?

¿cuando oigas resonar yá las trompetas,
y pálidos cometas

los males que te esperan te adivinen?

¿cuando ya se avecinen

á mas andar las águilas romanas;

y veas anegarse

en caballos é infantes tus campañas;

y en torno de tus muros levantarse

dobladas vallas, que en aqueste asedio

te quiten la esperanza de remedio?
 La confusion y espanto se apodera
 de toda la ciudad. Corre ligera,
 del hambre acompañada,
 la inexorable muerte:
 y de nadie se apiada,
 y en todas partes su ponzoña vierte.
 Dentro te afligen crueles mil tiranos;
 de fuera te amenazan los Romanos:
 Dios, desde el firmamento,
 rayos contra tí arroja:

y viendo tu afliccion y tu congoja
 de tu mal no se duele. ¡Oh qué tormento!

Ah nacion sin ventura! ¿y aun porfías
 en resistir á Tito? ¿y aun confías
 que podrás contrastar la gente Lacia?

No vale pertinacia,
 no esforzados caudillos,
 no torres ni castillos,
 no montes encumbrados,
 no aprovechan soldados,
 no hay fuerza ni consejo suficiente
 contra el furor de un Dios omnipotente.
 Así que ya llegó el postrero día,

Jerusalen impía!
 en que de todo punto
 perezca todo junto
 tu poder y tu gloria,
 tu nombre y tus riquezas;
 y en que de tus grandezas
 solo quede memoria,
 porque se sepa que es cosa terrible
 irritar á un Dios fuerte é invencible!

CANCION II.

Con motivo del terremoto que se sintió en Zaragoza el día 16 de febrero de 1804.

El sueño de los míseros mortales
 aligera los males;
 aunque á mí á mayor pena,
 cuando cierra mis ojos, me condena.
 El sueño me persigue,
 cual importuna sombra al cuerpo sigue,
 y juntando sus mágicas visiones

de la noche á las ciegas confusiones,
 en lugar del reposo que apetece
 mi corazon cansado,
 con infieles fantasmas me escarnece.

Así la noche paso;
 así rendido y triste me halla el día;
 así me deja el sol que va al ocaso:
 mas cuando yo esperaba
 que la aurora luciente,
 que ménos infeliz me prometía,
 rompiese los cristales del oriente;
 cuando la luz llegaba;
 ay Dios! si lo diré? medio dormido,
 siento el globo, en que vivo, estremecido.

Siento que el dulce lecho en que yacía
 balancéa con ímpetu violento;
 del implacable viento
 escucho los bramidos;
 ¿me engañan mis sentidos?
 ¿ó son del sueño vanas ilusiones?
 ¿ó del mundo el olimpo ya cansado
 el fin ha decretado;
 y entrando en guerra abierta,
 del orbe los dos ejes desconcierta?

Dejadme un poco, Cielos! que respire:
 que volviendo en mí mismo de este espanto
 lo que entónces noté, de nuevo mire:
 dejad que el dulce canto
 de mi lira inocente
 la turbacion destierre de mi mente:
 que de razon armado
 á los siglos convoque,
 y á combate arreglado
 las tribus filosóficas provoque.

Las causas del temblor aquí no inquiere:
 ni tengo por gran ciencia
 descubrir la razon de su violencia:
 lo que examinar quiero
 es su estrago terrible,
 su furia irresistible:

Lo que importa es la suerte
 que viene tras la muerte;
 ¿seré acaso feliz, porque atrevido
 explique este fenómeno escondido?

¿De qué me sirve la geometría
 si á pesar de su luz mi alma está fria?
 ¿de qué las ciencias serias,
 si no se disminuyen mis miserias:

si mis demostraciones
no templan el furor de mis pasiones:
si despues de saber su fuerza oculta
repite el terremoto y me sepulta ?

Por tanto que averigüe el que quisiere,
si el terremoto nace del encuentro
de cometa que embiste
al globo que resiste;
temblando al duro choque el hondo centro,
temblando las cavernas
de las sombras eternas;
corriendo disparado el movimiento,
que en razon de la mole vá de aumento
de las concavidades
á la circunferencia,
dando al traves con reinos y ciudades.
O si son de los vientos las crecientes,
que en sus mazmorras rabian despechados;
y de verse cautivos indignados,
Libertad apellidan insolentes;
y formando escuadrones
luchan á veces contra los abismos
de sus hondas prisiones;
otras contra sí mismos:

hasta que al fin su furia victoriosa
 hace crugir la estancia tenebrosa;
 y juntos con los aires comprimidos
 rompen dando estallidos,
 que aterran de los montes los cimientos;
 y salta al aire el mundo hecho fragmentos.

O si acaso la tierra
 no pudiendo sufrir en sus entrañas
 el gran fuego que encierra
 y ocultan las altísimas montañas;
 así como dió á luz á los Titanes,
 aborta mil volcanes:
 las altas avenidas
 de llamas encendidas
 que alimentan los mixtos combustibles
 socaban los estribos
 de las islas y cabos primitivos:
 alzado el mar inunda los imperios,
 quedando en seco nuevos emisferios;
 y en medio del tumulto
 para estrago y terror de los vivientes
 rebientan rios de metal ardientes.

O si de este desastre es el origen
 la culpa y la injusticia,

que al universo afligen.

Si viéndose cubierta de malicia,
de crímenes regada,
de sangre amancillada,
de lágrimas que vierte el inocente,
la tierra se resiente;
y avergonzada yá de estos horrores,
sacúde á sus furiosos moradores.

El que fama desée
sus vigiliás y tiempo en esto emplee:
déjeme á mí que vea
lo mismo que ví, cuando
estaba vacilando
desencajado el mundo de sus quicios,
bamboleando los altos edificios:
déjeme á mí ser necio,
porque hago menosprecio
de la filosofía
que á la vida dichosa no nos guía:
porque llegar procuro
al puerto mas seguro;
y miéntras yo camine
en busca del descanso indeficiente,
el mundo filosofe y desatine.

El estudio que quiero,
 y el que ocuparme debe,
 el mes me lo ha enseñado de febrero;
 cuando la fria nieve
 las cumbres pirineas coronaba:
 yo advertí el terremoto en que fluctuaba:
 yo ví que me envolvía
 de la alta eternidad el golfo inmenso:
 yo ví y quedé suspenso:
 el pecho me latía;
 mas todas mis potencias se pasmaron
 y todas mis ideas me dejaron.
 Me ví destituido
 de consejo y valor empobrecido:
 de mi vida pasada
 no me quedaba nada:
 yo ví que mis deseos
 no fuéron sino puros devanéos;
 yo ví que era locura
 no procurar el Bien que solo dura.

CANCION III.

Al incendio del Coliseo de Zaragoza.

Canto las llamas, y el estrago canto
 del Cesar-Augustano Coliséo:
 embestido me véo
 de pavoroso espanto;
 y el alma desfallece
 cuando la triste historia
 revuelvo en mi memoria
 de aquel monte de fuego que miráron
 mis ojos, y á otra parte se tornáron
 por no ver el incendio que se alzaba,
 y muerte y destruccion amenazaba.

Oh sombras! ¡oh terrores
 de aquella triste noche compañeros!
 ¡Oh de los altos astros resplandores!
 ¡oh míseros mortales!
 escuchad mis acentos lastimeros,

que quiero lamentar tamaños males.
 No vimos en los astros movimientos,
 no cometas sangrientos
 sus fúnebres espadas
 en las horas calladas
 para nuestro terror desenvaináron:
 de color no mudáron
 las puntas de la luna:
 ni con voz importuna
 se explicáron las fieras,
 de los desastres grandes agoreras.
 Sin precedente aviso
 (así Dios justiciero, así lo quiso)
 cayó sobre nosotros de repente
 el golpe de la mano omnipotente.
 Tú solo, de las aguas españolas
 gran príncipe y señor, gran río Ibéro,
 de las marinas olas
 remedando á deshora el rugir fiero:
 alguna gran desdicha amenazabas.
 Tú nos pronosticabas
 algún grave accidente,
 cuando de tu corriente
 á la luz de la luna y las estréllas

se oyéron las querellas:
 y en el silencio de la noche, cuando
 los hombres descansando
 en los brazos del sueño están rendidos,
 te oyéron los pastores dar bramidos.

Al occidente el sol venido habia;
 y en el obscuro cielo, silenciosa
 la noche las estrellas encendia;
 la noche tenebrosa
 que de espanto llenaba las ciudades,
 de espanto las remotas soledades.

Estaba en el soberbio Coliséo
 la gente congregada,
 oh tiempos! oh costumbres! y entregada
 á aquellas deleznables diversiones
 do se dan de pecar dulces lecciones.

Al cantar hechicero,
 á la mudable y ágil apariencia
 del bailarín ligero,
 perdía Zaragoza su inocencia.

El alma y los sentidos
 los gustos prohibidos,
 y el néctar que las almas envenena
 bebía á boca llena.

Volaba en el teatro el regocijo;
deseos criminales
ardian en los pechos virginales!
Cuando el decreto fijo
y el plazo señalado
habiendo ya llegado;
la mano de la eterna providencia
á las voraces llamas dió licencia;
y no sé cómo, dice que se viéron
arder los transparentes bastidores.
Los pálidos actores,
que el peligro advertian,
confusos y aturdidos
adentro do las llamas se encendian,
de tristes alaridos
que el alto Coliséo repetia
el aire iban llenando.
Mas las llamas veloces,
á sus lamentos sordas y á sus voces,
aliento á mas andar iban cobrando.
Palabras mal formadas
de lo hondo de la escena se esparcian:
razones no acabadas,
ecos que los presentes no entendian;

femeniles clamores
 mas claro cada vez se iban oyendo,
 Los tendidos telones
 las llamas encubrian
 á aquellos infelices,
 que del ruido la causa preguntaban,
 y el tiempo de salvarse malograban.
 Hasta que una por fin de las actrices,
 saliendo con mortal desasosiego
 gritó desatinada: *Fuego! fuego!*
 fuego, fuego repite la alta estancia,
 fuego el patio terrero,
 fuego repite el Coliseo entero.
 Mas con marcial constancia
 en medio del tumulto *Manso* alzado
 con aquel continente
 con que en las trionales regiones
 cerraba contra armados escuadrones,
 al pueblo alborotado,
 á la afligida gente
 que no se altere ordena:
 un poco el Coliseo se serena.
 Dichosos una vez, dichosos ciento
 los que aquel mandamiento



atentos á la huida no escucháron.
 ¡Dichoso en aquel trance fué el cobarde,
 porque los que esperaron
 queriéndose salvar llegaban tarde!

.....

CANCION IV.

Para dár principio á unos ejercicios de Doctrina Cristiana.

Del asilo sagrado
 donde un millar de niños cada dia
 es solícitamente adoctrinado
 en la sabiduría;
 donde la Escuela-Pia
 con incesante anhelo,
 con ansias maternales
 implora los auxilios celestiales,

para que el Valedor de la inocencia
 á esta pequeña herencia
 conceda el crecimiento
 que no puede el humano valimiento ;
 á confesar venimos ,
 si vuestra humanidad nos lo consiente ,
 de la Iglesia la fe sencillamente.

De altos conocimientos,
 de nuevos pensamientos
 embebidos no estamos :
 ni en nuestra tierna edad averiguamos
 de dó procede el sol y su luz pura :
 del orbe qué tal es la arquitectura ;
 por qué nacen los rios ;
 de donde el Aquilon toma sus brios ;
 por qué vereda ruedan los planetas :
 de dó la palidez de los cometas ;
 si están ó no á nivel los anchos mares ;
 las mudanzas lunares ,
 y cuánto dista el cielo no sabemos ;
 solo subir á él derechos pretendemos.
 Éste es el paradero
 á donde á mas andar nuestra alma aspira :
 éste es el fin postrero

que como á norte nuestra vista mira.
Corremos tras los claros manantiales
de aquella celestial filosofía,
que sola á los mortales
seguramente guia
de la inmortalidad al alto asiento.
Vayan en seguimiento
de las cosas que nacen y que mueren
los que así lo quisieren:
para nosotros si eso no es afrenta
asunto sin duda es de ménos cuenta.
De nuestra vida breve á la mañana
(así Dios lo ordenó por su clemencia)
de Cristo recibimos la creencia:
De Cristo! la esperanza soberana
de los antiguos dias,
de los siglos presentes,
de las futuras gentes.
Su nombre resonó en nuestros oidos;
su nombre serenó nuestros gemidos.
El nombre de Jesus, cuando empezamos
las voces á formar, articulamos:
á Jesus repitiendo, su doctrina
(que salva, que recrea, que ilumina)

se fijó en nuestras almas la primera,
 así como se imprime anillo en cera.
 Juramos de guardarla,
 juramos en la fuente del Bautismo
 de nunca abandonarla:
 ó bien contra nosotros el abismo
 desesperadamente
 arme sus infernales moradores;
 ó desnuden los reyes sus espadas,
 ó al arma llamen ciegos sus armadas,
 ó en nosotros los dientes de las fieras
 clávense, ó nos abrasen las hogueras:
 que ni vida, ni muerte,
 será bastante fuerte
 para olvidar la fe y el juramento,
 y abandonar de Cristo el Testamento.
 ¡Oh Dios, que en nuestras almas escribiste
 la nota de tu nombre!
 ¡Oh Dios, que para tí nos elegiste!
 si es esta la doctrina
 que tú nos enseñaste,
 que á pesar del Infierno conservaste;
 tu Magestad inclina,
 y desde la alta esfera

mirándonos propicio,
 yo y estos mis hermanos
 hechuras de tus manos,
 de tí seamos benditos:
 de tí, Dios mio ! escritos
 do los nombres, Señor ! están notados
 de los que son de tí predestinados.

Y si es que en la jornada
 de nuestra vida, si en la travesía,
 alguna hora menguada,
 algun aciago y solitario dia,
 oh Cielos ! nos espera,
 que del Señor la fe desamparemos,
 que á algun engaño los oídos demos ;
 ahora en este instante
 del sepulcro la losa se levante :
 y espire nuestra vida ; y yo el primero,
 por qué no he de morir ? por qué no muero ?

CANCION V.

*Para dar fin á unos ejercicios de
Retórica y Poesía.*

Soy muchacho, son pocas
las vueltas que el celeste polo ha dado
desde que mi carrera he comenzado.
No son ciento mis bocas,
ni de brio estan llenas
mis voces, Ilustrísimo Mecenaz.
De las Musas no quiero
el amparo, no espero
de Apolo inspiraciones;
bastan para inspirarme mis pasiones,
que ardiendo interiormente
me enseñan á cantar sencillamente.
Y si la lira mia
al punto que pretendo yo se alzäre;
si amaneciére el dia
que de mi voz el son vuelo tomäre;

sabránlo los presentes,
 sabránlo las edades que vinieren,
 sabrán hasta qué término llegaron
 las finezas y afecto que mostraron
 á la mas desvalida adolescencia
 los altos poseedores de la ciencia.

No sé lo que serémos:

no sé cual es la senda y paradero
 á donde en fin vendrémos:

del hombre es el sendero,
 de todos los mortales el camino

es oculto: su suerte y su destino
 solo para el Eterno no es incierto.

Mas aunque niño sea,

y el venidero tiempo yo no vea;

esto sí que lo sé; sélo de cierto

lo protesto, lo juro,

tenedlo por seguro;

como quiera que venga nuestra suerte,

no habrá vida, no muerte,

no tiene el mundo males,

no bienes para míseros mortales

el Cielo prevenidos,

que ser nos hagan desagradecidos.

Eso no! mas que el Cielo sus rigores
contra nuestras cabezas aperciba:
siquiera nos embistan conjurados
los enemigos hados:
quedará siempre viva
la imágen, la memoria
de vuestra humanidad, y de la gloria,
que á este rebaño viene,
y al que de él la guarda y cuenta tiene.
Morirán las ciudades;
envejecido el mundo vendrá á ménos;
mas nuestros pechos, llenos
de tan grandes bondades,
en medio del trastorno y movimiento
guardar sabrán el agradecimiento.
Está aquí en nuestros pechos archivada
con indelebles notas entallada
vuestra benignidad, y la clemencia
con que nos recibisteis;
con que nos acogisteis;
sin que la elevacion de vuestro estado,
ni la púrpura sacra que os guarnece
y que en Vos otro tanto resplandece;
ni nuestros pocos años y bajaça,

nos hubieran cerrado
 llegar á venerar tanta grandeza.
 Oh pues! piadoso el Cielo
 por tamaños favores os conceda
 cuantas felicidades ver yo pueda:
 cuantas no se han logrado acá en el suelo.
 Gracias! Gracias! Señor, Gracias! mi acento,
 gracias, no puede mi agradecimiento
 repetir cual quisiera:
 mas impresa siquiera
 la imágen quedará en el alma mía
 de esta merced, de este acto, de este día.

VIDA

de Publio Ovidio Nason.

Publio Ovidio Nason nació en Sulmona,
 en Roma lo instruyeron en las ciencias,
 mas él de la dulzura de Helicon
 blandamente arrastrado,
 al cantar de las Musas delicado
 aplicó sus primeras diligencias;
 y de Baco y de Vénus inspirado
 se atrevió á publicar sus demasías:
 y sus locas pasiones
 en cultas poésias
 declaró sin recato ni medida,
 y á pecar enseñó dando lecciones.
 Tambien cantó la historia,
 los disfraces, los nombres
 de sus dioses, peores que los hombres.
 Hasta que á los rigores del Euxino
 lo arrojó Augusto-Cesar irritado.

Allí se lamentó de su destino,
 allí se querelló del crudo hado;
 allí, por acallar su triste suerte,
 cantó con elegíaco instrumento
 el establecimiento
 de las romanas fiestas:
 mas en breve la muerte
 lo postró con mortal melancolía,
 y el triste fin le dió que merecía.

VIDA

de Quinto Horacio Flaco.

Venusia fué la cuna
 de Quinto Horacio Flaco.
 Su padre, aunque liberto, á la fortuna
 debió comodidades:
 con que el hijo á las nobles facultades
 aplicó luego al punto
 en la romana y ateniense escuela.
 Desde donde á las armas arrastrado,

filósofo haragan y ruin soldado,
 arrojó sin vergüenza la rodela,
 y á las Musas siguió, y por sus canciones
 Mecénas le dió algunas posesiones.

Él docto y primoroso,
 delicado y gracioso,
 de la romana lira

los alambres templó tan diestramente
 que el príncipe y honor fué de su gente.

Tiene de Safo el fuego y la blandura,
 de Anacreon la dulzura,

fantástica arrogancia como Alceo,
 la pompa de Simónides de Ceo.

Mas quando con sus alas toma vuelo,
 cual Píndaro se espacia por el Cielo;

cual Píndaro con arte desatina,
 y armado de furor trueno y fulmina,

Dió reglas de poesía á los Pisones,
 sátiras escribió y tambien sermones.

En Roma feneció en tiempo de Augusto:
 la Cítara latina destemplada

fué de allí en adelante abandonada.

VIDA

de Marco Tulio Ciceron.

De Tulio Ciceron fué patria Arpino.
 El padre diligente
 cultivó aquel talento peregrino,
 llevándolo á beber á pura fuente
 de las mas altas ciencias,
 de do nacen las ínclitas acciones
 y nobles y elevadas expresiones.
 El jóven Ciceron así enseñado,
 de la naturaleza y arte armado,
 de Roma en los augustos tribunales
 oir hizo su voz con tal acento
 eual no escucháron ántes los mortales.
 Su virtud y entereza,
 de su alma la grandeza,
 de su decir los rayos y los truenos,
 del pueblo le adquiriéron

todas las voluntades;
 y la senda le abrieron
 de las mas levantadas dignidades;
 hasta que en suma, Roma vió en su mano
 las segures y el mandó soberano.

Su divina elocuencia
 hizo callar de Verres la insolencia;
 con ella hizo temblar á Catilina;
 que intentando asolar la comun madre
 por Tulio desterrado,
 y en campo de batalla derrotado,
 dió á Tulio tanta gloria,
 que de la patria el Padre
 de todos comunmente fué llamado:
 Aquí empieza la historia
 de sus calamidades.

Vino la tempestad tras la bonanza,
 y padeció del pueblo la mudanza:
 mas del destierro en fin restituído
 en las guerras civiles,
 de Pompeyo seguir quiso el partido.
 Pero en la formacion del Triumvirato
 siendo su libertad aborrecida
 Augusto fementido, ruin é ingrato,

de Tulio Ciceron vendió la vida.
 Y aquella elocuentísima garganta
 del mas virtuoso anciano,
 en suma, fué cortada,
 y la cabeza ilustre y diestra mano
 en la plaza *Pro-Rostris* colocada.

Fué bienhechor, fué justo, fué prudente:
 filósofo excelente:
 no perora, que truena!
 no dice, que fulmina!
 y cuando sus afectos desenfrena,
 cuando del hombre mueve las pasiones,
 no saben resistir los corazones.
 Mas ¿qué digo de Tulio? Si quien era
 decir el mismo Tulio no pudiera!

ADVERTENCIA

Sobre las composiciones siguientes.

Santo Tomas de Aquino se hallaba preso en el castillo de Rocasica; donde sus parientes, con la aspereza y malos tratamientos, querian obligarlo á que dejase el estado religioso. Pero como cada dia era mas firme su vocacion, creyeron sus hermanos que el medio mas seguro para mudar el ánimo de aquel jóven, seria hacerle perder la castidad. Buscáron pues una muger pública, tan osada como hermosa, y la introdujéron sola en la habitacion en que santo Tomas se hallaba tambien solo, para que verificase sus abominables designios. Como el virtuoso jóven no podia huir, ni evitar la presencia de un objeto que no cesaba de perseguirlo; santamente irritado armó sus manos con un tizon encendido, y acometiendo á aquel instrumento del demonio, lo obligó á retirarse con precipitacion, tan cubierto de oprobio como lleno de espanto. Con el mismo tizon que aun tenia en las manos, hizo el Santo una cruz en la pared; y prostrado delante de ella, dió las debidas

gracias á Dios, que le habia librado de aquel peligro; y le consagró de nuevo su castidad. Miétras exalaba así su corazon delante del Señor, cayó en un dulce sueño, ó en un éxtasis de espíritu; y en este estado (segun refieren todos los historiadores antiguos) le visitáron los Ángeles; le diéron la enhorabuena por la victoria que habia conseguido; le aseguráron que con el auxilio divino viviria siempre casto; y le ciñéron la cintura tan estrechamente y con dolor tan sensible, que volviendo de la suspension en que se hallaban todos sus sentidos exteriores, prorumpió involuntariamente en algunos quejidos que el dolor puso en su boca: de modo que los criados que lo custodiaban acudiéron al instante, temerosos de algun accidente. Pero el Santo guardó entonces un profundo silencio; y á nadie descubrió lo que le habia sucedido hasta poco ántes de morir que lo refirió al P. Reginaldo su confesor y amigo particular. (Touron: vida de santo Tomas de Aquino. libr. I. cap. 14). Esta victoria, que el Angélico Doctor consiguió del Demonto de la impureza, es el asunto de las cinco composiciones siguientes.

AL ANGÉLICO DOCTOR

SANTO TOMAS DE AQUINO

*ceñido por los Angeles con el cingulo
de la pureza.*

RASGO ÉPICO.

CANTO I.

A Tomas de azucenas coronado
á pesar de las furias infernales;
al casto pecho bandas inmortales
ceñidas por angélico cuidado;
tranquilidad y calma concedida
despues de la victoria conseguida:
es lo que mi voz canta
si á tanto llega el son de mi garganta.

A sola la Verdad eterna y pura
que al mundo desde el cielo resplandece;
á aquella que la senda mas segura
de la salud me ofrece,

invoco; porque sea
el principio y el fin de mi alta idea.

Eran pasados los felices dias
cuando en su mas florida adolescencia
colmada de alegrías
rebosaba la Iglesia en complacencia;
cuando sus hijos todos
por diferentes modos
eran ó de la culpa triunfadores
ó humildes pecadores;
cuando ella combatia
dejando avergonzados
los Césares armados;
cuando ella cada dia
de gozo no cabiendo,
quanto mas perseguida iba creciendo:
como el Ebro mas hincha sus corrientes
cuando halla mas calzadas y mas puentes.

Despues de trece siglos de victoria,
despues de haber dejado aportilladas
de Decio y Maximiano las espadas,
revestida de túnicas de gloria;
parece que pasado el aguacero
podia respirar el aire puro:

y quebrantado el ímpetu primero
 al sosiego seguro
 sus ojos virginales
 dulcemente entregando
 gozar de las delicias celestiales:
 pues la insolencia loca
 de los hombres cesando
 no osaba en ella yá poner la boca.
 Mas no te satisfaces,
 oh grande hija del Cielo!
 con aparentes paces;
 que no es para la Esposa
 de Cristo este consuelo.
 Por eso cuidadosa
 suspiros arrancaba
 que al Cielo encaminaba;
 rompiendo sus querellas
 los círculos do giran las estrellas.
 Del exceso vencida
 de sus inexplicables sentimientos
 tristísimos lamentos
 daba de tiempo en tiempo enternecida,
 cual pura vírgen suele
 cuando en el pecho el corazón le duele.

Allá en la hermosa Italia suspirando;
 sus ojos á las tierras mas distantes
 desde los siete montes dilatando,
 miraba los diversos habitantes,
 los reinos, las naciones
 que desde el nacedero de la Aurora
 á la region del oro engendradora,
 desde la ardiente Libia á los Triones
 el globo han dividido,
 y en términos estables confundido.
 La Iglesia los miraba,
 y el primitivo tiempo y el presente
 dicen que comparaba.
 Dicen que desmayaba
 al mirar sus provincias mas amenas
 assoladas de tribus agarenas:
 al ver que desde el Tajo al indio Ganges
 ocupaban los bárbaros alfanges:
 que allí donde sus hijos fueron reyes
 reinaban otros ritos y otras leyes,
 donde el nombre de Cristo fué adorado
 ay Dios! era al presente blasfemado.
 Cuanto en tan ancho espacio descubria
 á suspirar de nuevo la movia.

Allí do el Nilo tiende sus raudales
 oyéron á Atanasio los mortales :
 de lágrimas aquel sagrado suelo
 Gerónimo regó en su desconsuelo :
 allí Basilio el grande, desarmado,
 dejó al César Valente avergonzado :
 allí Gregorio hablaba, mi decoro,
 y Juan el que llamáron boca de oro.
 Allí, en aquella tierra que está en frente,
 que de Italia separa el mar vecino,
 allí una luz ardió resplandeciente,
 y el mayor de sus hijos Agustino.
 Si el resto de la Europa contemplaba,
 á los hombres miraba
 que ahitos de las patrias tradiciones
 se hartaban de seculares opiniones :
 que á las manos venian
 por lo que no entendian ;
 que por solo un vocablo
 vacío de sentido
 se estrellaba partido con partido :
 aquel era de Pedro , aquel de Pablo,
 aquel era de Apolo ,
 cuando debieran ser de Cristo solo.

Con el disputar recio ensordecida
 silencio con las manos intimidaba;
 pero la multitud descomedida
 el clamor á sus ojos esforzaba:
 ella con diligencias maternas:

“La paz entre vosotros, hijos míos,
 la paz entre vosotros; los puñales,
 las armas revolved á los impíos:
 los brazos esforzad á esa pelea,
 ¿contra vosotros que volveis las manos?
 No lo hiciéron así los que en Nicea
 quedáron vencedores
 de los sabios Paganos,
 de los Paganos y de sus clamores.”

Esto con blandas voces
 la Iglesia repetía;
 pero ellos cada día
 eran mas bravos, eran mas feroces.

La discordia rasgada
 tenía la verdad aprisionada;
 el interes villano,
 la torpe y desceñida negligencia,
 del manto se vestían de la ciencia;
 y en fin burlando del linaje humano

se espaciaba con bárbara arrogancia
madre de la soberbia la ignorancia.

En tanto los infiernos resonaban
con el terrible estruendo
que los martillos, á compas cayendo
sobre los duros yunques, levantaban.
Allí el agudo acero
labraban los ministros infernales
con que despues armaron á Lutero.
Herbian los metales
en las hondas hornazas:
y entre las amenazas
que paráron las aguas del Cocito
salió este horrible grito
que el Averno llenó de cabo á cabo:
El siglo llegará decimo octavo.

Cansada de tamañas desventuras,
al compasivo Cielo
sus ojos levantó con pío zelo,
sus ojos levantó y sus manos puras:
"Señor, que desfallezco!
Señor, si no me vales yo perezco!"
A sus plegarias fin puesto no habia
cuando ya su lamento doloroso

á compasion movió al divino esposo,
 á aquel que noche y dia
 en su defensa vela,
 á aquel que la consuela
 en todos sus pesares
 y en los casos que á llanto la constriñen.
 El, de aquellos millares de millares
 que su alto solio ciñen,
 al Arcángel llamando mas ligero,
 "Anda, le dijo, tú mi mensagero,
 y á la Iglesia mi Esposa
 que yace acongojada
 díle que ya es llegada
 la ocasion mas dichosa,
 que un escudo le guardo impenetrable,
 un brazo que derribe la alta frente
 del león del error, del leon rugiente
 con espada de temple incontrastable:
 que el que señalo yo á tan gran destino
 en Roca-sica está, Tomas de Aquino.
 Díle que se consuele, que en mi ausencia
 nunca le faltará mi providencia.
 ¿Por qué tanto se aflige?
 Su amparo seré yó: ya se lo dije."

Al tiempo que él hablaba
el Olimpo temblaba,
temblaban las esferas circulares,
las esferas polares:
mas cuando puso fin á sus acentos
perdiéron el nivel los elementos,
y repitiendo el Cielo "Santo, Santo!"
Miguel, de los apóstatas espanto,
gritó blandiendo su fulmínea lanza:
"Conmigo los de Dios en ordenanza!"
Ya el divino ministro descendia
del cielo á los distritos inferiores:
cercábanlo fulgentes resplandores.
Él mira de pasada la armonía
del mundo, la labor y arquitectura
que Dios á plomo tiene y asegura:
y en llegando á los términos fatales
do habitamos nosotros los mortales,
miró este chico globo, do en destierro
miseros peregrinos,
lamentamos de Adan el primer yerro,
y dijo: "Oh miserables inquilinos!
oh region de ventura despoblada!
oh de dolor y llanto,

oh de perpetuo espanto,
oh de muerte morada!
do son cortos los dias,
falsas las alegrías,
do al que no turba el bélico instrumento,
despierta su afligido pensamiento.
Y bajando á la cumbre Vaticana
dó de la Iglesia se alza la alta silla,
el celeste legado el vuelo allana,
y ante el acatamiento
de la Esposa de Cristo se arrodilla.
Expónele el mensaje
en celestial language,
lleno de compostura y rendimiento:
y añade de camino
los consejos de Dios sobre el de Aquino.
“¿Nó sabes que está el Cielo por tí armado
¿Nó sabes que cada Angel á su lado
por tí lleva pendiente
siempre un rayo del Dios omnipotente?”
Así el habitador del firmamento;
y batiendo sus alas no cansadas,
en menos de un momento
tornó del regocijo á las moradas,

á la Iglesia dejando yá serena,
de su cuidado libre y de su pena.

CANTO II.

En tanto que estas cosas ordenaba
el Señor soberano,
en los hondos abismos rebramaba
de las tartáreas simas el tirano:
el que del Flegetonte allá en la hondura
con un cetro de hierro, oh desventura!
tiraniza á los hombres, que pudieron
ser felices con Dios y no quisieron.
De despecho rabioso y rebrandando
por las eternas sombras ciento á ciento
iba á sus compañeros convocando.
Al espantable imperio y llamamiento,
á ejércitos llegaban
al lugar do los gritos se escuchaban.
Satanás, centelleando por los ojos,
la causa declaró de sus enojos:
llenó á sus compañeros de baldones,

llovió una tempestad de imprecaciones.

“¿Para esto me seguisteis?

¿para esto, el triste día

de nuestra apostasía,

mi nombre repetisteis?

¿En qué pensais, cobardes, fementidos,
mas de mí, que de Dios aborrecidos?

En Roca-sica un jóven se está armando
contra mi poderío,

para acabar con todo nuestro bando:

¿y tan sin ira estais, y tan sin brio?

Infames! id de mí á la eterna hondura,
y crezca vuestra rabia y amargura.

Yo iré, yo iré en persona á esta batalla:
andad, digo de aquí.” Dicho esto calla,

y á deshora en el mundo apareciendo
á Roca-sica mira y al de Aquino;

mil trazas y mil máquinas urdiendo
para encontrar camino

de atajar los consejos celestiales.

Ve que Tomas está en la edad florida
cuando son mas sabrosos los panales,

mas dulce la bebida
de los gustos vedados,

del puro cielo siempre abominados.
 La red de los placeres le parece
 la más proporcionada,
 para que el jóven santo allí tropiece;
 y elige una hermosura,
 de gracias hechiceras adornada,
 en quien ardiendo está la llama impura,
 escondida en el seno:

“Esta (dijo) derrame su veneno:
 Esta, figiendo virginal empacho,
 en su liga prender sabrá al muchacho:
 que la hermosura en fin y adolescencia
 deslizadorero son de la inocencia.”

Del infernal espíritu movida
 andaba aquella Vénus ponzoñosa,
 para robar la prenda mas querida,
 la prenda mas hermosa,
 que en su pecho guardaba
 el que encerrado en Roca-sica estaba.

El Cielo sabedor de esta pelea
 quiso asistir al trance peligroso.
 Luego todo el ejército dichoso,
 “Vamos contra Luzbel, vamos:” vocea.
 El espacio estrellado,

de alados escuadrones
 se vió todo poblado
 marchar, puestas en órden las legiones.
 Allí los Serafines
 en llamas encendidos,
 están en mil hileras repartidos:
 allí alentaban de oro los clarines
 de la virtud de Dios los pregoneros:
 los que cuando del mundo hayan llegado
 los plazos postrimeros,
 con terrible apariencia,
 corriendo por el aire dilatado:
 "Venid muertos (dirán) á residencia."
 Tambien á tí, Rafael, allí te viéron:
 y á tí tambien, Miguel el eminente;
 y en viéndote de miedo atras volviéron
 del Averno las ondas su corriente.
 El que de Dios ha sido
 destinado á sublimes embajadas,
 de las espesas huestes dividido,
 estaba con las alas desplegadas.
 Los Bienaventurados,
 los ojos hermosísimos tenían
 en Roca-sica y en Tomas clavados;

y aunque era el riesgo grande no temian:
porque tiene la gracia
cuanto el peligro es mas, mas eficacia.

La encantadora Circe ya llegaba,
ya por la puerta entraba,
con sus dulces alhagos;
ya amenazaba estragos;
el paso y ademanes comedidos,
ojos y pensamientos atrevidos.
Tomas, 'que en dulce calma
ejercitando el alto entendimiento,
alimentaba su alma
dentro de aquel estrecho encerramiento,
vió que se iba acercando
mil risas sazonando,
convidando con gusto y con placeres.

"Nó me dirás (le preguntó) qué quieres?"
Lo que dijo no sé, ni saber quiero;
no lo sepais vosotras, almas puras,
las que de estas dulzuras
el corazón guardais y el cuerpo entero.
El castísimo jóven la escuchaba,
pero no la entendia;
porque aquel razonar de que ella usaba,

sus honestas ideas excedía:
 mas de la luz divina
 entrando por su mente
 un golpe de repente,
 en suma conoció intencion dañina;
 y un tizon empuñando
 con mano denodada,
 ahuyentó á la muger desvergonzada,
 de ella y del hondo Infierno triunfando.

El Cielo, que presente
 á la batalla estaba,
 resonó prontamente
 con aplausos que al aire derramaba:
 y los que no perdiéron
 de la virginidad la blanca estola,
 aquella que se pierde una vez sola,
 el cántico entonáron del Cordero.
 Y el palacio del cielo cristalino
 repitiendo los ecos se movia;
 y el pueblo de los justos repetia:
 "Tomas venció; venció Tomas de Aquino.
 En tanto que estas voces se escuchaban,
 del Empíreo los Angeles bajaban:
 ellos luego en llegando,

á Tomas abrazando,
un cingulo precioso le ciñeron,
ancho, soberbio, hermoso, centellante,
que manos celestiales guarnecieron
de otras piedras mas claras que el diamante.

Allí en vez de tachones
chispas resplandecian
de castas intenciones:

rayos de allí salian
que los sensuales ojos deslumbraban.

Allí juntos se hallaban
los limpios pensamientos,
los nunca desmandados movimientos.

Uno de aquellos dos al separarse:

"Tú quedas, oh Tomas! (dijo) en la tierra
para tormento y guerra
del que contra mi Dios quisiere alzarse.
Tú, caudillo aquí quedas señalado
de ciencia, de virtud, de Dios armado."

AL ANGÉLICO DOCTOR
SANTO TOMAS DE AQUINO.

CANTAR I.

Templa, muchacho, templa
las cuerdas de mi lira,
que el Cielo en que yo cante
segunda vez se obstina.

Segunda vez severo
que de Tomas me intima
de castas azucenas
la hermosa frente ciña.

Ya entono, ya me elevo,
ya el pecho me palpita,
ya ha desaparecido
la tierra de mi vista.

De las Inteligencias
por los augustos climas,
el alma va, dejando
atras la fantasía.

Ya para mí no hay siglos,
ya noches no hay ni días;
que la eternidad veo
á un punto reducida.

Ya duermen mis sentidos,
ya el alma está en sí misma,
contemplando á los ojos
negadas maravillas.

Ya veo cual estaba
el que reina en la Estigia,
al tiempo que la guerra
contra Tomas movia.

Cercado de despechos,
de cárdenas envidias,
de confusiones ciegas,
el pecho se comia.

En torno de él inquietas
volaban las porfías,
las pálidas maldades
del sucio interes hijas.

Las amarguras tristes,
las dolorosas cuitas,
las solitarias penas,
con las melancolías.

h



Los desvanecimientos
de la imaginativa ;
los despiertos cuidados,
padres de las vigalias.

Los pesares, que roen
el árbol de la vida ;
y , haciéndose pedazos ,
los zelos parricidas.

Del deleite los dejos ,
amargos mas que azibar :
las impaciencias locas ,
en furias convertidas.

Junto al triste tirano
estaba la cuadrilla ,
de las impuras almas
que el infierno vomita.

Allí Lutero el loco
los dos carrillos hincha ;
la piedad desterrando
de las regiones frias.

Allí Calvino el flaco ,
de la color cetrina ,
de Dios se burla , impío !
hincado de rodillas.

Otros dos infelices
le hacían compañía
en quienes, dijo, fundo
las esperanzas mias.

Al uno dijo: "Toma,
doblada mi malicia."
Su pluma le dió al otro
para escribir la Alzira.

Ya tener se pensaba
tomadas sus medidas;
cuandó héte que un Legado
llegó de Roca-sica.

"Son vanas, dijo, vanas,
son locas tus fatigas;
tus pensamientos necios,
inútiles tus miras.

Tú piensas que los reinos
de Dios así arrüinas;
mas Dios tiene un mancebo
contra tí en Roca-sica."

CANTAR II.

Al oír estas nuevas
Luzbel todo turbóse,
y bramando aturdia
las lóbregas regiones.

Y atronando los reinos
de la encantada noche,
llamó á un su mensajero
con destempladas voces:

"A Roca-sica presto,
¿qué te detienes? corre:
pero ántes extremada
una belleza escoge.

Belleza en quien las gracias
venzan las perfecciones;
de poner poderosa
en combustion al orbe.

Contra quien ni contrasten
honestas intenciones,
ni de diamante pecho,
ni corazon de bronce.

Que á cuantos la miráren
 el seso les trastorne;
 llenándoles el alma
 de dulces ilusiones.

Y para que sus tiros
 sin fruto no malogré,
 dirásle que en su pecho
 imprima estas lecciones.

Díle que á veces calle;
 díle que á veces llore;
 que cuando quiera niegue,
 que cuando niegue otorgue.

Que desaliento finja
 y trémulos colores;
 que finja, que resiste
 en vano á sus pasiones.

Que en aspereza envuelva
 dulces insinuaciones;
 que dulcemente ria,
 dulcemente se enoje.

Que el rubor aparente
 con la risa sazone;
 que con los ojos venza
 mas que con las razones.

Que el llanto cristalino
 que de ojos bellos corre,
 es lo que con la cera
 del sol son los ardores.

Que cada acento un lazo,
 cada suspiro un golpe,
 cada mirada sea,
 un rayo que lo postre.

Díle que aunque se aliñe
 no quiero que se adorne;
 que con descuido hermoso
 las voluntades robe.

Que siendo ella discreta,
 aunque es honesto el jóven,
 beberá facilmente
 impuras aficiones.

Y mas cuando se ocultan
 en castos exteriores:
 que blandamente pica
 la sierpe entre las flores.

CANTAR III.

Aunque Luzbel sus armas
astuto así previene ;
entre tanto lo asustan,
desconfianzas crueles.

“¿ Quién sabe, repetia,
quién sabe, si ser puede ;
que aquí todas mis flechas
sin provecho se quiebren ?

Quién sabe ! de su pecho
quién ha probado el temple !
El hombre solo , es hombre ;
con Dios el hombre es fuerte.

El hombre , el hombre ¡ay furias!
el hombre me hace frente ,
el hombre á mí los brazos
alguna vez me vence.

No sé , ni saber quiero
porque así prevalece ;
porque á balances tales
de su rumbo no cede.”

Cuando esto revolvía
Luzbel allá en su mente ,
los ojos le rodaban
redondos en la frente.

Los ojos disparaban
relámpagos ardientes ,
como las culebrinas
que á los truenos preceden.

Los lábios se mordía ,
bramidos daba á veces ,
que se desencajaba
el globo de sus ojos.

Y alzando contra el cielo
la no domada frente :

“Ah Cielos! exclamaba,
Ah Cielos inclementes!

Tus iras no me espantan,
tus rayos no me duelen ,
del hombre los triunfos
esos me dan la muerte.”

Cuando así lo agitaban
de su alma los vaivenes ,
volvió de Roca-sica
su infame confidente.

“Señor, vencidos somos,
vencidos para siempre;
sin que esperanza alguna
de mejorar nos quede.

Ella calló; ella dijo,
finezas y desdenes,
rigores y ternuras,
caricias y altiveces.

Tal vez como vencida
de recios accidentes,
de Tomas á los ojos
supo desfallecerse.

Mas el mancebo sordo,
tomando un pino ardiente,
rechazó aquel objeto
de ilícitos placeres.

Confusa y sin consejo,
su temeridad siente,
su atrevimiento culpa,
blasfema de su suerte.

CANTAR IV.

De la paz las mansiones
alegres resonaban,
los triunfos celebrando
de la invencible gracia.

Y aquellos claros reinos
do la luz no se apaga,
do mora el regocijo
y gloria ilimitada:

“Cantemos, repetian,
de Tomas la batalla,
cantemos la pureza
de lirios coronada.”

Así los moradores
de la celeste patria,
de gozo no cabiendo
el pláceme se daban.

Y aquellas que guardáron
sus almas no manchadas,
pisando de los reyes
lisonjas y amenazas;

Con sus manos labraron
una soberbia banda,
ni de plata tejida,
ni de oro matizada;

Que ni adornan diamantes,
ni verdes esmeraldas,
ni perlas que la Aurora
cuando amanece cuaja.

Era la banda hermosa
de pureza acendrada,
y rayos despedía
que la vista cegaban.

Allí el recato hermoso
hecho de aguja estaba,
de rubor con las manos
tapándose la cara.

Allí el empacho honesto
cual guinda colorada,
se encendía en oyendo
equivocas palabras.

Este don admirable,
esta soberbia gala,
dos Angeles bajaron
de la celeste estancia.

Con él el casto pecho
 á Tomas le cercaban,
 quedando desde entonces
 en suma paz y calma.

AL ANGÉLICO DOCTOR

SANTO TOMAS DE AQUINO.

La batalla de un casto jóven canto
 de amor puesto en la dura contingencia:
 en puro afecto enciéndeme entre tanto,
 Dios vivo protector de la inocencia,
 limpiando mis acentos, combatidos
 de la bárbara ley de mis sentidos.

Y tú, que las estrellas inmortales
 que ruedan á tus pies estás mirando,
 pues intento con fuerzas desiguales
 tu nombre y tu victoria ir celebrando,
 inclina tu grandeza te suplico
 y asiste á este cantar que te dedico.

El Cielo de la tierra cuidadoso
 tuvo sobre su estado ayuntamiento,
 y allá sobre el Empíreo luminoso
 do la vida y el sér tienen su asiento,
 mandó Dios que su Corte se juntasen
 y del linage humano se tratase.

Poblaban las olímpicas regiones
 aquellos celestiales mensageros
 ministros de las altas comisiones
 que dan leyes y rumbo á los luceros,
 que aunque no tienen cuerpo ni figura
 no tienen par no obstante en hermosura.

Tambien se iban juntando en ordenanza
 los héroes del antiguo Testamento,
 y los que con Dios Hombre en nueva alianza
 echáron de la Iglesia el gran cimiento,
 al cielo concertando con la tierra,
 y convirtiendo en paz la antigua guerra.

De todos ellos era el mas anciano
 el que dejó á su estirpe degradada,
 llevado del capricho y amor vano
 de una doncella mal aconsejada,
 que escuchando la voz de la serpiente
 fué el estrago mortal de nuestra gente.

Y aquel que como viejo escarneciéron
 insensatos los siglos primitivos,
 y sordos á sus voces persistiéron
 de la carne en los gustos ofensivos,
 llevaba al hombro el arca milagrosa
 que no pudo tragar la mar furiosa.

De magestuosas canas coronado,
 infundia respeto Abrahan Caldeo,
 del Dios tres veces Santo, destinado
 á padre universal del pueblo hebreo,
 que quiso ser errante y peregrino
 por no seguir el patrio desatino.

Estaba allí Moíses el que rompiera
 del egipcio tirano la coyunda,
 el que el pueblo al desierto condujera
 cortando por mitad la mar profunda,
 cuando de Dios el brazo justiciero
al caballo anegó y al caballero.

De monarcas apóstatas espanto,
 Samuel, de zelo en llamas encendido,
 convertido en placer su antiguo llanto
 entraba en el concilio, precedido
 del capitan que al sol resplandeciente
 con poderosa voz dijo: *Detente.*

Y tú, que de Belen lumbrera fuiste,
 y en corazon y entrañas compasivas
 semejante en el orbe no tuviste,
 llegabas á la corte entre mil vivas,
 cantando con dulcísimos acentos:
Mis deseos de Dios están sedientos.

A los demas profetas presidia
 el gran historiador de lo futuro:
 y el otro que llorando repetía:
El oro se trocó en metal obscuro.
 Y el que propuso enigmas y misterios,
 con Daniel inspector de los imperios.

Luego los grandes pueblos y naciones
 de lenguas y de trages diferentes
 ocupaban el sud y los triones
 cubriendo los distritos relucientes;
 como hinchén las abejas las colmenas,
 y mas que no del mar son las arenas.

De mártires invictos las cohortes
 en hileras larguísimas marchaban,
 tanto que cual antorchas los dos nortes
 por entrambos costados alumbraban:
 van á la par Esteban y Laurencio
 entonando los himnos de Prudencio.

Entraba el grande César Constantino
de Cristo el estandarte desplegando,
el romano poder y error latino
á la Cruz vencedora sujetando ;
lo llevaban en medio el gran Teodosio ,
y Graciano discípulo de Ambrosio.

Tras esta venturosa muchedumbre,
venian los pacíficos Doctores,
á la Iglesia guiando con su lumbre
como al rebaño guian los pastores ;
Lëon el elocuente va delante,
y de todos Gregorio el mas constante.

Mostrábase mayor que el mundo entero
el que el escollo fué de los Arrianos,
invencible al destierro y al acero
y en teson superior á los Romanos,
aquel á cuyo pecho reducida
la religion estuvo perseguida.

De todos el que mas sobresalia
era el hijo de Mónica querido,
por quien la tierna madre noche y dia
lloraba con dolor no interrumpido,
hasta que su clamor y desconsuelo
rompiéron los alcázares del cielo.

De palmas rodeado se mostraba
 que su lengua y su pluma le ganaron,
 cuando al insano error amedrentaba
 tanto que los abismos se asustaron,
 temblando de la invicta prepotencia
 de su mayor que humana inteligencia.

Aquellas que á pesar de su hermosura
 al placer se mostraron insensibles
 por vegas de inmensísima llanura
 venian entre sombras apacibles.

Cantan con el Cordero, y visten solas
 limpias y candidísimas estolas.

Cuando todas las tribus congregadas
 en la inmensa Basílica estuvieron
 á los lados desnudas las espadas
 de la legion Tebea relucieron,
 que de Dios en guardar la estancia eterna
 con Miguel y sus Angeles alterna.

El Verbo excelso del excelso Padre
 de la dichosa corte está á la frente,
 y cabe él hermosísima su Madre
 ocupa un trono mas que el sol luciente,
 que en lugar de zafiros y diamantes
 enriquecen estrellas radiantes.

Todos alegremente se miraban,
todos en castas llamas se encendian,
todos en puro gozo se anegaban,
tanto que de contento no cabian:
Cuando vuelto de Dios eterno al Hijo,
Pedro el gran sacerdote, así le dixo:

“Tu Esposa con tu sangre redimida
del universo al cabo desterrada
desde que fué la Cruz establecida
no ha logrado una hora descansada,
y desde su principio hasta ahora cuenta
la Iglesia trece siglos de tormenta.

Todo contra esta Vírgen se conjura,
contra ella el hondo Infierno se embravece,
contra ella el mundo réprobo murmura,
siendo su pena tal que desfallece;
y siendo ella el bien único del mundo
contra ella clama el hombre furibundo.

Mas nada son Señor las demasías
que del abismo armado ha padecido,
ay Dios! ay Dios! vendrán los tristes dias
que el mal pasado pongan en olvido,
en que será tan recio el torbellino
que no quiero pensar en su destino.

Ya lo sabeis, Señor, dentro de poco
 sublevará los frios septentriones
 Lutero el desertor parlero y loco
 de la heregía alzando los pendones;
 mas esto no bastando, tras Lutero
 á luz saldrá Calvino el embustero.

Se tenderá el error cual un diluvio,
 y al antojo siguiendo el desgobierno
 convertiráse el Orbe en un Vesubio
 semejante á las llamas del Infierno,
 siendo tan general yá la demencia
 que la loca pasion será decencia.

Llegará, Redentor, este es el clavo
 que herido de tu Esposa el pecho tiene,
 el siglo llegará décimo octavo,
 ocasion principal de que así pene,
 en que el mundo conciba el pensamiento
 de derribar tu solio y Testamento.

Humanidad y dicha prometiendo
 la impiedad con retóricas sonantes,
 los cetros y los tronos abatiendo
 encantará á los pueblos ignorantes,
 anegando de sangre su carrera
 frenética, rabiosa, comunera.”

Luego que puso fin á sus razones,
 y las almas celícolas oyéron
 del mundo las futuras confusiones,
 los ojos á Agustín todos volviéron,
 por ser en quien tenían esperanza
 que pondria las cosas en bonanza.

Viendo Agustín que todos lo miraban
 de su acuerdo y dictámen deseosos,
 que su respuesta todos esperaban,
 y su amparo en los siglos trabajosos,
 con tono del mayor comedimiento
 les propuso su idea y pensamiento.

“Aunque al mundo amenazan grandes males
 y aunque el tiempo fatal está vecino,
 tendrán seguro asilo los mortales
 en un mancebo angélico de Aquino.
 Y aunque el error sus fuerzas multiplique,
 la nave del Señor nunca irá á pique.

Antes que este muchacho á luz viniese
 mandástemme, Señor, que lo guiase;
 que despues que enseñado lo tuviese
 para los duros trances lo guardase;
 poder contra poder estableciendo,
 las infernales tramas deshaciendo.

En Roca-sica se halla encarcelado
de su madre y hermanos perseguido,
porque el furor del mundo enagenado,
y su pensar siniestro ha aborrecido,
queriendo de Guzman en la clausura
guardar su corazon y su alma pura.

Mas esta honestidad y esta pureza
que Tomas tan celoso guardar quiere,
es de tan singular delicadeza
que á veces con un soplo solo muere,
y mas en la florida adolescencia
quando es mas perseguida la inocencia.

No dejan al mancebo un solo instante:
una muger lasciva y descarada
mintiéndose del jóven casto amante
quiso dejar su fama amancillada;
y por el vil deleite de un momento
para siempre turbar su entendimiento.

Tomas, viendo á la moza lisongera,
de tu gracia, Señor, fortalecido
con un tizon ardiente la echó fuera
guardando su candor nunca ofendido.
Mas, ah gran Dios! que son duros los trances,
y del amor son recios los balances.

¿Quién sabe, Jesus bueno, si algun dia
de algun vehemente afecto arrebatado
dará al través con su sabiduría
dejando al mundo fiel desamparado?
Guarda, guarda, Señor, á Tomas puro,
y tu amado redil está seguro.”

La mismo fué decir Agustin esto,
que todos los celestes moradores
pidieron cada cual desde su puesto
quedase Tomas libre de temores:
y á la carcel dos Angeles viniéron
que al mancebo castísimo ciñéron.

AL ANGÉLICO DOCTOR
SANTO TOMAS DE AQUINO. {

ALEGORÍA. ODA I.

Que te aparejas veo,
dulce Barquilla mia,
á dar la popa al austro
para distantes climas.

Ya sé que te labraron
azuelas exquisitas,
de cedros orientales
y palmas palestinas.

Tus mástiles son plata,
tus velas grana tiria,
tus cables y maromas
torzales de la China.

Tus flámulas ondean,
tus gallardetes brillan;
y en la encumbrada popa
tu pavellon domina.

Ya sé que eres velera
 cual flecha mallorquina,
 que á los alados vientos
 volando te anticipas.

Sé que á la mar no temes,
 ni del mar á las iras,
 ni temblas cuando al cielo
 sus olas desafían.

Si fueras mas cobarde
 mis sustos cesarían,
 si al muelle te aferraras
 yo triste no estaria.

Por nunca navegadas
 profundas travesías,
 del reino Dominico
 buscas la costa rica.

Allí serás dichosa,
 allí en la amada orilla
 descargarás el oro
 de acrisolada mina.

Los tesoros que llevas
 de tu sabiduría,
 serán el mayor timbre
 de tu excelsa familia.

Esto será si llegas
al suspirado clima ;
mas ah! que algun desastre
el pecho me adivina.

Léjos está la playa,
y cerca están las simas
del Océano, donde
temo verte sumida.

El aquilon rugiente
ya sus carrillos hincha,
ya contra tí á Neptuno
desesperado anima.

Del mar escandaloso
te verás combatida,
verás que á tus costados
la muerte se avecina.

Tus ayes serán vanos,
serán tus llantos risa,
y escarnio de los vientos
serás, Barquilla mia.

ODA II.

Mas tú de mí no curas,
ni los riesgos aprecias,
ni temes conjuradas
las tempestades fieras.

Señal de salir haces
con el cañon de leva,
ya sopla el viento insano,
ya sales, ya navegas.

De verte cuán pomposa
sobre las ondas vuelas,
el pecho me palpita,
el miedo me enagena.
Barquilla, no te embarques;
Barquilla, no te pierdas.

Así cuando corría
Colon á tierras nuevas,
siguiendo al sol los pasos
con trinas caravelas:

De tal atrevimiento
quedó aturdida Hesperia:

las costas se asustaron
del mundo antiguo extremas.

El Océano mira
que contra tí se eleva:
el Océano, azote
perpetuo de la tierra.
Barquilla, no te embarques;
Barquilla, no te pierdas.

Por la popa y la proa,
por derecha é izquierda,
las ondas bramadoras
haciendo espuma cierran.

Tu pérdida juraron
los que ménos debieran:
tu madre y tus hermanos
de despecho rebientan.

¿Nó ves como en la playa
tu madre se impacienta?
¿nó ves que con las manos
los brazos se golpea?

¿Nó ves que va corriendo
por la desnuda arena,
llamándote mil veces:
"Tomas, Tomas, espera!"

¿No ves dí, cómo clama:
 “Quedar quiero aquí muerta,
 si atras no vuelves: vuelve,
 vuelve, detente, espera?”

Ay Barca, Barca mia,
 veo que titubeas,
 ó porque tú te rindes,
 ó porque el mar se arrecia.
 Barquilla, no te embarques;
 Barquilla, no te pierdas.

“¿Aquí (tú madre dice),
 infiel hijo, me dejas;
 aquí sin tí entregada
 á mis mortales penas?”

Vuelve á la playa, vuelve,
 de mi cariño prenda;
 vuelve, Tomas, si quieres
 tu madre que no muera.

Mas crudo á mis quebrantos
 que no tigre de Armenia;
 mas sordo á mis lamentos
 que peña no dopea.”
 Barquilla, no te embarques;
 Barquilla, no te pierdas.

(141)

Ay Dios! Ay Dios! que temo
que estas tristes querellas,
de dolorida madre
en tu pecho harán brecha.

Temo que fatigada
de tanta resistencia,
de dó saliste al puerto
darás presto la vuelta.

ODA III.

Me encantas, Barca mia,
me encantas y enamoras,
quebrando soberana
las aguas espumosas.

A pesar de las furias
del mar que al cielo toca,
el derrotero cierto
nunca pierde tu proa.

Dó las demas se anegan,
tú te mantienes sola,
asombro de los vientos
del mar azul señora.

Con todo no estoy quieto ,
 que el empezar no importa :
 cuando al puerto llegares
 te llamaré dichosa.

No te ha vencido el viento
 que combatiendo sopla ,
 podránlo los halagos ,
 podránlo las lisonjas.

Islas hay por los mares ,
 y en las islas hay costas ,
 y en las costas habitan
 Circes encantadoras.

Islas do habita el gusto ,
 islas do el placer mora ,
 y del placer hermanas
 la risa y la chacota.

Allí las hermosuras
 á veces dulce lloran ,
 á veces dulce cantan ,
 y al marinero emboban.

Y á la playa saliendo
 cuando rabian las ondas ,
 adormecen el viento
 y los sentidos roban.

Y luego el mar se allana
cual de cristal alfombra;
y el ábrego ligero
en zéfiro se torna.

Y las Circes infieles
ofrecen dulce sombra,
y con manos de nácar
de néctar dulce copa.

Y en mitad de esta calma
el navío zozobra,
torciendo su destino
á la encantada costa.

Allí florece el prado
mil amorosas rosas,
que el apacible ambiente
llenan de puro aroma,

Y lirios que desmayan,
y claveles y violas,
y arrayanes amantes
de las pasiones locas.

¿Qué harás, qué harás, dí, vamos,
cuando los ojos pongas;
y el paraíso veas
donde el deleite mora;

Cuando la razon falte
do el apetito sobra,
y perdiéndote creas
que tu ventura cobras?

ODA IV.

En fin llegado habemos
al último conflicto;
al postrimero lance
donde somos perdidos.

Las olas ya calláron,
el mar no da bramidos;
ni los discordes vientos
pelean dando silbos.

A la pasada lucha
la calma ha sucedido,
y en vez de la mar alta
el puerto está vecino.

Barquilla, rodeada
de plácemes te miro;
de plácemes peores
que el mas profundo abismo.

Ay Dios! que estás en medio
de crudos enemigos,
que hiel solo respiran
mintiendo afectos finos.

Te convida una sierpe
con rostro femenino:
intentando enlazarte
en el placer lascivo.

Barquilla, me estremezco;
Barquilla, me desvivo,
porque así se estrellaron
mil ínclitos navíos.

Mas nó; ya no recelo,
sosegado respiro,
pues veo que apercibes
de fuego atroces tiros.

Y que contra las islas,
y contra sus hechizos,
relámpagos ardientes
disparas infinitos:

Y á la atrevida moza,
y á sus tratos indignos
arrojas, fuego haciendo,
y sigues tu camino.

ODA V.

Venciste, sí, venciste
del amor los esfuerzos,
contra tí se armó en vano
el húmido elemento.

Ni dió al traves contigo
del mar el golpe récio;
ni las olas que llegan
horrisonas al cielo.

Ven pues á coronarte,
castísimo mancebo;
ven, que tu hermosa frente,
ceñir de laurel quiero.

Y de tu fortaleza
entonar los trofeos,
y ser de tu victoria
lírico pregonero.

Y por do el sol registra
uno y otro emisferio,
á Tomas victorioso
engrandecer deseo.

Ven; y de la pureza
el pendon despleguemos,
y sigan cuantos aman
los castos pensamientos.

Y dénme luego, dénme
de oro clarines ciento,
que el corazon no cabe
aquí dentro en mi pecho.

Y escúcheme la tierra,
y cállenme lós cielos,
los cielos esmaltados
de altísimos luceros.

Y tú, ponte á la frente
de aquellas que supieron
guardar sus cuerpos puros
reinas de sus afectos.

Ya sobre tí descenden
de Dios dos mensageros,
que una gala te traen
del alto firmamento.

Con ella te rodean
el no manchado cuerpo,
como á las fortalezas
ciñen los parapetos.

Ya que venciste, toma
de tu victoria el premio;
toma el cingulo, prenda
de tu futuro esfuerzo.

No temas del sentido
rebeldes movimientos,
no temas las batallas
del amor indiscreto.

Vive seguro, vive,
de las ondas en medio,
pues contigo no puede
luchar el mar protervo.

Mas no te dan en valde
tanta paz y sosiego,
ni tanto bien ocioso
que guardes quiere el Cielo.

Eres padre y caudillo
del cristiano pueblo,
eres terror y espanto
de los errores ciegos.

No te turba la guerra
de indóciles afectos,
no inclinaciones bravas
rompen tu dulce sueño.

(149)

Vence pues, Tomas, vence,
vence, invicto guerrero,
las huestes que atrevidas
altivo alzan el cuello.

AL ANGÉLICO DOCTOR

SANTO TOMAS DE AQUINO.

CANTAR I.

Venga la lira, venga,
ni griega ni latina;
venga la que encantaba
las selvas palestinas.

La que al monarca hebreo
dió dulce medicina,
el peso aligerando
de sus melancolías.

Aquella que escucháron
del Jordan las orillas,
aquella que alegraba
las cuestas betlehemitas.

Aquella me arrebató,
 aquella es mi manía;
 sin ella no hay dulzura,
 sin ella no hay poesía.

Los osos se amansáron
 oyendo su armonía,
 perdiéron su dureza
 las tigres y sus crias.

Sus voces me enamoran,
 su sonido me hechiza,
 su lírico contraste
 me eleva y electriza.

¿Nó véis como ya suena?
 ¿nó véis como se afina?
 ¿cómo encogen sus alas
 los vientos por oirla?

Estáme atenta, tierra,
 solar de la desdicha;
 atiéndeme tú, cielo,
 ya que tu ardor me inspira.

De amor canto el imperio,
 de amor la tiranía,
 de amor el desatento
 despóticas porfías.

Mas aquí amor es flaco,
 pues canto su ignominia,
 y sus armas deshechas
 en polvo, en humo, en risa.

CANTAR II.

Mis oídos atruena,
 confusísimo estruendo;
 despiértanme mil ayes
 de guerra mensajeros.

En columnas formado
 sale todo el infierno,
 tiembla la inmensa tierra,
 tiembla el Olimpo etéreo.

En el cielo espantosos
 se observan movimientos,
 y de susto aparatos
 el aire van cubriendo.

Ay Dios! ay Dios! ya marchan
 los escuadrones fieros,
 los rayos me deslumbran
 del reluciente acero.

En lugar de añafles
retumban rancos truenos,
que abortan incesantes
cien monstruos gigantéos.

Tocan de rato en rato
cien bocinas de hierro,
aterrando á los vivos,
inquietando á los muertos.

Los tendidos pendones
son de colado fierro,
con motes de blasfemia
que referir no quiero.

Luzbel á la cabeza
de las cohortes veo,
por espada un cometa
horrífico esgrimiendo.

¿Quién dirá de sus ojos
furibundos el cerco?
¿quién dirá la soberbia
que vomita su aspecto?

“Ay de la tierra! exclama,
ay de sus tristes pueblos!
ay del que resistencia
oponga á mis intentos!

Felices los que humillen
 á mi querer los cuellos!
 vengo á hacerlos dichosos,
 vengo á romper sus hierros.”

El pasmo de las gentes
 atónitas contemplo,
 me pesa de ser hombre
 viendo al hombre tan necio.

Por batidores lleva
 seiscientos mensajeros,
 en esplayar mentiras
 descarados mäestros.

Su séquito componen
 la rabia y el despecho,
 la pobre cobardía
 madre del mal consejo.

La pequeñez altiva,
 el egoísmo necio,
 haciéndose aire apriesa
 con un ventalle inmenso.

La muerte carnícera,
 del oro los deseos,
 y de toda justicia
 el villano desprecio.

Una cosa le empacha
 en todo el universo,
 una cosa destronca
 sus locos pensamientos.

La cumbre Vaticana,
 de Pedro el alto templo,
 y la Cruz vencedora
 que se despliega al viento.

De enojo arrebatado
 llegar quiere en un vuelo,
 y hacer polvo y ceniza
 del Evangelio el cetro.

CANTAR III.

Mas cuando en este arrojó
 Lucifer empeñado,
 sus tropas avanzaba
 para el tremendo asalto:

Balan el madianita,
 Balan profeta falso,
 mercader de verdades
 y mercader de engaños,

Balan á quien lecciones
 dió un jumento insensato,
 con tal mäestro el Cielo
 su presuncion hollando,

Le dijo: "Oh Rey supremo
 del encantado cahos,
 de cuya saña tiemblan
 los reinos del espanto!

Pues soy en esta lucha
 soldado veterano,
 admite mi consejo
 si quieres acertarlo.

Los fieles seguidores
 del Dios crucificado,
 que de ámbos emisferios
 te quitáron el mando,

No ponen su confianza
 en pórticos ni en arcos,
 ni en torres, ni en adarves
 al aire remontados.

Asuélales un templo,
 lo elevarán mas alto:
 quítales un imperio,
 tendrán otro mas vasto.

Sus armas son sus plumas,
 sus armas sus milagros;
 de su invicta elocuencia
 de fuego son los rayos.

¿Qué logras destruyendo
 de Pedro el catafalco;
 qué logras si derribas
 sus mármoles cuadrados;

Si entre tanto se crían
 resueltos adversarios,
 que contra tí aperciben
 la muerte y el estrago?

No temas á las piedras,
 teme á un jóven gallardo
 que Roca-sica oculta
 en su seno encerrado.

Ay de tí, si él descarga
 su incontrastable brazo!
 ay de tí, si al combate
 te llama mano á mano!

¿Quiéres, Señor, vencerlo?
 ¿quiéres en flor ajarlo?
 Una belleza puede
 en un punto aterrarlo.

Así yo no pudiendo
 poner á Dios empacho,
 trastorné con deleites
 el pueblo libertado."

CANTAR IV.

En la fértil Italia
 hay una fortaleza,
 cuyos lados coronan
 altísimas almenas.

Guarnecen sus esquinas
 cuatro torres excelsas,
 que desde un alto risco
 se encumbran paralelas.

Tomas, encarcelado
 en sus profundas cuevas,
 pagaba los caprichos
 de las iras fraternas.

Mas su mente divina
 se conservaba suelta,
 dentro de los cerrojos
 y triplicadas puertas.

A veces del Olimpo
contaba las estrellas,
las marchas compasando
de la naturaleza.

A veces las distancias
medía de la esfera,
el movimiento á veces
de todos los planetas.

A veces de la luna
seguía la carrera;
ó al sol de sus viages
tomaba residencia.

A veces, desdeñando
la vista de la tierra,
se engolfaba animoso
de Dios en las ideas:

Ó de la humana mente
calculaba las fuerzas,
sus luces derivando
de la verdad eterna.

Á veces se ensayaba
en las crudas peleas,
contra el error insano
moviendo dura guerra.

Gozando de esta calma,
era aquella caverna
para Tomas el puerto
de la paz verdadera.

Quando hé que de improviso
en la estancia se interna
milagrosa hermosura
mas que los astros bella.

Que hechiza con los ojos,
que hechiza con la lengua,
que hechiza si se mueve,
que hechiza si está quieta.

Luego con mil halagos,
de la conquista cierta,
la copa del deleite
dulcísimo le lleva.

Y dice: "Hermoso jóven,
dolida de tus penas
vengo á darte el alivio
que tu pecho desea.

¿Quién, dime, así te ofende?
¿quién así te encarcela?
Tu madre, ya no es madre;
tu madre es tigre armenia.

Al verte aquí encerrado
el corazon me quiebras;
moriré pues contigo
como fiel compañera,

Mas tú tambien, muchacho,
tanto no te endurezcas,
ni quieras seguir siempre
de la virtud la senda.

El gusto, el gusto, el gusto,
de gozo el alma llena;
desterrando las sombras
que el corazon estrechan."

Mas Tomas, entendiendo
la serpentina lengua,
del hogar encendido
tomó una ardiente tea.

Y con ella, arrojando
de su casta presencia
á la muchacha impura,
triunfó en esta pelea.

CANTAR V.

De confusion cubierta,
rebutando de rabia,
la deshonesto moza
á mas andar marchaba.

Lucifer, contemplando
el fin de esta batalla,
se dió en la estrecha frente
de despecho palmadas.

Y á Balan embistiendo
sin respeto á sus canas:
"Viejo infame (le dijo),
luego de mí te aparta.

Mis ojos no te vean,
devórente las llamas;
y de tu mal consejo
la eterna pena paga."

Mas en el claro cielo
la lid se celebraba;
y á Dios por ella á coros
se daban alabanzas.

“Venció Tomas (decian),
venció en Tomas la gracia:
que con Dios tambien vence
la misma carne flaca.

Y la concupiscencia,
y su fuerza insensata,
y las vanas lisonjas,
y las vanas palabras;
Quedáron abatidas,
quedáron afrentadas;
y el Cielo prevalece,
y la virtud se esplaya.

Tomas es todo nuestro;
su virginal constancia,
su celoso recato
con nosotros le iguala.

Que quede pues, es justo,
su pureza sellada
con cingulo del cielo,
con angélica banda.

Para que así ceñido
mas firme entre en batalla,
multiplicando triunfos,
atesorando palmas.”

(163)

Al tiempo que en el cielo
estos himnos sonaban,
los Angeles ciñéron
de oro á Tomas la faja.

¡Dichoso el que pelée,
dichoso el que combata,
dichoso el que resista
de la carne á las llamas!

FRAGMENTOS.

CANCION.

El Reconocimiento.

Ya que canté mis locos sentimientos
 y de mi corazon las demasías;
 quiero cantar con líricos acentos
 mis apacibles y serenos dias.
 Y pues atormenté á mis compañeros
 con ayes lastimeros,
 con lúgubres cantares;
 desvanezca el olvido mis pesares.
 Ya soy lo que no fui! ya veo y vivo:
 merced al Dios del cielo compasivo!
 Oh soledad! oh monté! oh verde prado!
 no canto cual cantaba despechado,
 no canto ya mis noches mal dormidas,
 sino en gozo mis penas convertidas.
 Oh! ¡cómo me parecen mentirosas

las cosas que pasaron :
y aquellas esperanzas , que lleváron
por sendas escabrosas
mi debil pensamiento ,
bebiendo puro viento ;
siguiendo ciegamente las figuras ,
los encantados sueños ,
que el alma me llenaban de amarguras !
Oh ! ¡cómo ya son hieles
las soñadas dulzuras ;
y abrojos los claveles ,
y la salud dolencia ,
y todo lo que amaba yo apariencia !

.....
.....

TRADUCION

de unos versos de Euripides.

“No tardarás á ver las siete estrellas
que están en el camino.

Mira que echas por ellas
y drecho has de marchar con mucho tino.”

Faetonte á estas razones
empuña los bridones,
y revolviendo el látigo á dos lados
de los caballos pica los costados.

A su voz obedientes,
arrancan tan ligeros
cual si fueran relámpagos ardientes.

El carro va volando
por la celeste esfera caminando:
el padre en esto, triste y afanado,
cual se aleja lo ve con amargura;
y allá en el alto cielo levantado
la vereda le muestra mas segura.

Lo sigue con los ojos cuanto alcanza,

(168)

y á voces le decia:

“Marcha hijo, por allá; de ahí te desvía,
que no es esa la senda verdadera:
vuelve atras, que te pierdes, tente, espera.”

TRADUCION

de unos versos de Homero.

Así cuando las olas levantadas
braman en alta mar, y locamente
descargan en las naves aferradas
que á su rabiosa cólera hacen frente:
la espuma cubre el húmido elemento,
el velamen rechina con el viento:
turbado el marinero
pierde el color, y pierde el derrotero,
y en cada ola marina
mira venir su muerte ya vecina.

BASILII A. S. JACOBO

DE JUVENTUTE

IN SACRIS LITTERIS ERUDIENDA

ORATIO.

BASILIUS A. JACOBO

DE JURISPRUDENTIA

IN SACRIS LITTERIS ERUDITIONIS

ORATIO

DE JUVENTUTE

IN SACRIS LITTERIS ERUDIENDA.

ORATIO.

Id unum erat mihi maximè optandum, Auditores ornatissimi, idque unum à Superis sum saepe deprecatus, ut ex hoc loco, in hac tantâ amplissimorum hominum frequentîâ, et vos et hos mihi carissimos adolescentulos publicè alloquerer, quaeque ad communem felicitatem pertinerent, de iis ego orationem instituerem. Quamvis enim res, quas hodierna die sum declaraturus, privatis sermonibus plerasque agitaverim, intraque domesticos parietes iis praesentibus pueris, quos in nostram disciplinam traditos complectimur, exposuerim; eosque etiam atque etiam sim adhortatus, ut

horum praeceptorum memoriam retine-
rent, neve hac in parte labores nostros
frustra susceptos esse paterentur; non-
dum tamen meus animus explere se po-
terat, sibi que quasi de re perfectâ blan-
diri. Consessus ego vestros optabam,
A. O., ora vestra, vestros oculos, ves-
tras aures desiderabam, locosque latos,
ac patentes: non solum quod locus at-
que conspectus Oratorem inflammarent,
nervosque ac spiritus dicenti suffice-
rent, sed quod publicè dicenda cense-
rem, quae in publicam utilitatem redun-
darent. Neque verò est existimandum,
me res novas allaturum, aut inaudita
quaedam et à communi sensu remota di-
cturum. Nihil novum, nihil inusitatum,
nihil admirandum nostra complectetur
oratio: non id agimus, ut aut Oratores
videamur, aut nos in latinis litteris os-
tentemus: juventutis amor, generis hu-
mani caritas, Ecclesiae felicitas me impe-
llunt: ea me accendunt, ea mihi con-
tentionem, impetumque dicendi praesta-

bunt, ea mihi alacritatem afferunt, ea me extollunt, ea me hortantur, ne aut mearum virium tenuitatem, aut concionis majestatem magnopere pertimescam.

Itaque, Auditores amplissimi, et vestra fretus humanitate; et rei magnitudine inductus, et pulcherrimi studii amore inflammatus, quantum meae patiantur vires enitar, ut Sacras litteras juventuti necessarias esse demonstrarem; neque eam reputandam esse eruditionem, quinimo esse Reipublicae, esse Religioni exitialem, quae sacrorum librorum cognitione non innitatur.

Sed dicet aliquis: quid ergo? Nihilne bonarum Artium studia, nihil Philosophorum dogmata, nihil sapientum vigiliae, nihil disciplinae, nihil litterae, nihil veterum, nihil recentiorum labores, nihil leges, nihil mandata litteris antiquitatis exempla, informandae juventuti et ad optima quaeque erudiendae conferunt? Nihil ad humanae usum vitae conducunt, nihil valent, nihil faciunt?

Adeo ne, quae Plato, quae Socrates,
 quae Seneca et Epitectus, quae Plutar-
 chus et Antoninus, quae Lökius et Rous-
 sojus de homine, de cupiditatibus, de
 officio, de constantia, de virtute, de hu-
 manitate, sapientissime sunt loquuti, le-
 via et inepta existimari debent; nihil ut
 ex illis ad mortalium felicitatem derivari
 possit? Vereor, A. O., ne cui vestrum
 paulo liberior nostra videatur oratio. No-
 vi locum; scio plerisque ita videri; esse
 hoc magnae molis, esse invicti roboris
 argumentum. Tantum tamen abest, ut à
 suscepto cursu revocari, propositâque
 sententiâ deterreri possim, ut in eâ po-
 tius defendendâ mirificè confirmer. Ne-
 que enim ad hanc causam adeo imparati
 accessimus; non adeo in re ignotâ pere-
 grinamur, ut, aut profanae sapientiae
 naturam ignoremus; aut temeritate po-
 tius quam consilio, pertinaciâ, quam
 veritate ducamur.

Scimus enim, quantum gloriosi isti
 sapientes, et Romae et Athenis, et in

Academia et in Liceo educati, sibi plaudere, se laudare, se mirari consueverint; scimus, quàm confidentèr asseverent, se feros homines ac barbaros lenivisse, se mores inhumanos dispulisse, se vitia extinxisse, se homines hominum sanguine cruentos ad humanitatem et clementiam traduxisse, se animum efformasse, linguam polivisse, artes excoluisse: sibi disciplinas, sibi vitae usum, sibi rerum publicarum incunabula, sibi incrementa deberi: quod antiquitatis tenebras ac caliginem discussam, quod injurias prohibitas, quod feritatem proscriptam esse videamus; et sibi, et Philosophiae, quam veritatis magistram flagitiorumque expultricem appellant, esse tribuendum.

¡Utinam, Auditores ornatissimi, quàm confidenter ista jactantur, tam vere dicerentur! ¡Utinam quàm aures dulcibus his sermonibus capiuntur, tam animi ad virtutem accenderentur! Sed per Deum immortalem! Cavete credatis, cavete decipiimini! Possum enim ego gloriosas

ac tumidas horum Philosophorum voces facillime confutare, possum exemplis, possum antiquitatis memoriâ, possum rationibus invictissimis eorum levitatem coarguere: populi, nationes, veteres, novae gentes, universum genus hominum, sapientes atque imperiti, omnes uno ore profitentur, Philosophorum doctrinis aut nihil, aut parum in publicam felicitatem manasse: nihil illos libris, nihil disputationibus, nihil aeternis inter se dissidiis effecisse: pro barbarie luxuriam, pro inertiam arrogantiam, pro incitiâ libidinem invexisse. Atticos, qui Philosophis, praeceptisque Philosophorum maxime abundarent; apud quos sapientiae domicilium, ac bonarum artium quasi instrumentum reperiretur; quo undique adolescentes nobilissimi disciplinæ causâ confluerent; quorum urbs Academiis, gymnasiis plena, loquacissimorum hominum clamoribus tota perstreperet: Atticos, inquam, et ingenii laude, et humanitatis gloriâ spectatissimos, elegantius loquutos, quam

Scytas, vixisse flagitiosius: Romanos tum demum se et rempublicam praecipitasse, quum belli pacisque artibus omissis, philosophandi studium appetiverunt.

Sed omittamus jam hujusmodi homines; neque enim adeo otio abundamus, ut aut disputando tempus terere possimus, aut omnino velimus. Sint sane Philosophi sapientes, sint de hominum genere optimè meriti; sint vitae magistri, sint bonarum artium repertores; vitia expulerint, virtutes invexerint, leges ac jura constabiliverint, vitam excoluerint; populos ad honestatem, ad humanitatem converterint. Non quaero, non disputo, non dubito.

At quaecumque ab illis excogitata, quaecumque inventa, quaecumque perfecta fuerint, tanti profecto non sunt, ut illorum scriptis aut sermonibus vera hominum felicitas, ac reipublicae salus contineatur. Homines illos fuisse nemo abnuerit, miseros, erroribus obnoxios, superbiâ, libidine, cupiditate vexatos; qui

quum magnificè loquerentur, turpiter viverent; qui quam ipsi reperire felicitatem numquam potuissent, illam aliis pollicerentur. ; Quid tu nunc mihi hos homines objicias, quid Platonem, quid Aristotelem, quid Romanos, quid Graecos, quid aut eorum in dicendo ubertatem, aut in sentiendo gravitatem obtendas? ; Tu hos singulos, tu universos, tu cunctam Philosophorum nationem, aut litteratorum gentem cum Sacris Litteris comparare audeas? ; Tu Socratis, tu Aristotelis discipulos, virtutis simulacra atque innocentiae umbras; tu Stoycorum familiam, omni hominum generi insociabilem; tu Epicuri greges, vitae maculas, reipublicae sordes, Philosophiae labem, cum Mose, cum Davide, cum Paulo conferre non dubites? ; Tu his magistris, his praeceptoribus, his ducibus juventutem committas; tu spes humani generis, civitatum opes, reipublicae salutem in fidem illorum ac disciplinam tradas?

Liceat mihi acerbam et miseram juventutis sortem miserari; liceat impendentem reipublicae cladem, liceat tanta humani generis vulnera conqueri ac deplorare; loqui liceat, quando tantis malis mederi non licet. ꝫ Nam quid agimus, quid optamus, de quo laboramus; quid nostra, quid puerorum, quid orbis terrarum interest; in quo vigilare, quo intendere, quo vigilias ac labores dirigere oportet? Maximum in periculum ac discrimen, ut primum ex pueris excidunt adolescentes, adducuntur. Amicis, voluptatibus, illecebris circumfluentibus; teneris mentibus, valentibus membris, cupiditatibus aestuantibus, corruptis moribus, depravatis opinionibus, afflictis rebus, ꝫ quis non videat ipsis esse miserrimè pereundum? Neque enim hominum praecepta, aut librorum monita, aut Philosophorum hortamenta tantos motus comprimere possunt, aut tantas procellas sedare, aut effraenatas cohibere cupiditates, aut tumentibus animis imperare,

aut morbi vim invalescentem lenire.

¿Nam quid aliud audimus, quid videmus, quid experimur? Quasi quibusdam jactari juventutem fluctibus, ferri, raptari, discindi; neque bona neque mala ferre posse; non imperio, non obsequio esse aptam; optare, cupere, amare, odisse; quasi quibusdam reciprocantibus fretis omnino non posse vivere. Hinc fieri videmus ut aut ad explendam libidinem inflammati rapiantur, aut otio languescant, aut montes sibi et maria polliceantur: utilitatem honestati anteponant, ab officio discedant, civitates permisceant, parentumque dolori et exitio nati esse videantur. Hinc aestus illi ac turbidae tempestates, hinc illi motus ingentes, hinc illae malarum cupiditatum insaniae, quibus perferendis sese ipsos esse impares profitentur. Sed quid ego plura commemoro? Quid ego res perspectissimas longâ oratione persequor? Furere juventutem, debacchari, dies noctesque vigilare, adstare, in speculis es-

se, insidiari pudicitiae, insidiari maritis, irrupere domos, virtutem oppugnare, nulli rei parcere, non sacris, non profanis sibi temperare, leges contemneré, jura despiceré, quantum possit tantum audere; vos videtis, et magno cum dolore videtis.

Ite igitur, ite, Auditores Ornatissimi, quaerite à Philosophis ac Sapientibus, quonam pacto hos impetus frangere, aut hunc morbum depellere, aut tot ingruentibus malis occurrere possitis. Quid ergo? ¿Nullumne auxilium, nulla salus, nulla spes, nulla ratio juventuti erudiendae superest? ¿Nihil restat aliud praeter imbecillitatem, ac rerum omnium desperationem?

Immò vero, magna atque ampla solatia in manibus habemus, viis ad salutem atque ad beatam vitam abundamus. Atritis humanae libertatis viribus, turbatis vitae rationibus, cogitationibus contaminatis, invalidi sumus, aegri sumus, servi sumus: sed versate, versate

divina illa volumina, Dei verba loquentis audite, egregia illa praecepta percipite diligenter, eaque penitus vestris animis, mentibusque mandate. ; Quanta vis, quantum ponderis, quanta divina lumina scriptis illis includuntur! ; Quantum distant, quantum extant, quantum curas, cogitationes, sermones hominum antecellunt! Nihil in illis incertum, nihil vanum, nihil frigidum, nihil non magnificum, non sublime, non divinum reperitur: non conjecturae, non disputationes, non lites, non philosophorum bella continentur; sed certa et explorata, et Dei ipsius auctoritate munita dogmata, ad vitam salutemque communem offeruntur.

Itaque, Auditores Ornatissimi, quum vitia, quum scelera, quum ignominiam ac labem humani generis considero, ac luem illam ac pestem contueor, quae primi hominis maleficio terrarum orbem pervasit; non possum, non vehementissime commoveri, non perhorrescere, non

illacrimare: quum vero haec mala reputanti sese mihi divinarum litterarum oracula objiciunt, quum splendor ille clarissimus illucescit, quum dubitanti, inquirenti, moerenti, ac de summa rerum prope desperanti patentissima salutis via ostenditur; quid ego verear, quid conquerar, quid labores, quid aerumnas, quid bona, quid mala, quid secundas, quid res adversas putem esse pertimescendas? Ego vero tantum abest ut magni res humanas, sollicitudines, calamitates, gaudia, dolores, laeta ac tristia esse judicem aestimanda: tantum abest ut credam obrui hisce fluctibus sapientem posse, ut mirificè potius Deum Optimum Maximum laudem, qui divinis Litteris institutis, perditos homines atque afflictos recreavit.

Hae Litterae illae sunt, quae adversus vitam, adversus mortem hominem armare possunt: quae animorum insanas cupiditates compescunt, quae legum auctoritatem tuentur, quae populos ad of-

ficium inflectunt, quae Regibus aucto-
 ritatem ac sceptrum conciliant, quae de
 manibus bellantium gladios extorquent,
 quae barbaros leniunt, quae ferocissimas
 gentes ac ferreos homines debellarunt;
 quibus, novo quodam inter mortales mi-
 raculo et inusitato, civitates linguis, mo-
 ribus institutisque diversae, in unam men-
 tem, unam consuetudinem, unam animam
 coaluere. Earum oratione mutatus terra-
 rum orbis se ad veritatem ab errore con-
 vertit: earum pondere, id est populis
 persuasum ac nationibus, quod non So-
 crates, non Seneca persuadere singulis
 hominibus unquam potuerunt. His litte-
 ris insperato intonantibus, foeda illa at-
 que inimica pudicitiae Graecorum reli-
 gio interiit, sacrificia obsolevere, supers-
 titio evanuit, templa concussa corruerunt:
 caeca illa ac temeraria dominatrix
 animi cupiditas, coercere sese atque froe-
 nare didicit. Valere leges, regnare virtus,
 imperare religio, crescere atque amplifica-
 ri Ecclesia coepit, his florentibus discipli-

nis; deque sceleribus atque erroribus superatis triumphos agere pulcherrimos.

; An vero ignoratis fuisse tempus, quum sacrorum librorum lectione ita homines exardescerent, ita alterius vitae amore aestuarent, ita peritura haec bona atque imbecilla fastidirent, ita honores, imperia, voluptates, seque ipsos contemnerent, ut non blanditiis, non minis, non verberibus, non suppliciis propositis, non frementibus feris exalbescerent: quum oppresi, vexati, raptati, in frustra concessi, accerrime tyrannorum pertinaciae repugnarent; quum perire fortiter quam servari turpiter mallent; quum undique gloriosa in certamina rueretur, multoque avidius martyria gloriosis mortibus quaererentur, quam nunc honores pravis ambitionibus appetuntur? Clamaverant in scholis Philosophi, multa scripserant, multa dixerant, multa loquebantur: aedificabant, diruebant; ima summis mutabant; vaticinabantur; neque tamen quidquam proficiebant: non dignus vir-

tuti honos, non in pretio pudicitia erat; non mentes hominum, non animi sanabantur. Hoc in statu, his in angustiis, inter haec mala quum jaceret orbis terrarum, mutae illae, sed potentes ac validae Litterae, illae Christi nunquam fallentes pollicitationes, quantum lucem mortalibus, quae solatia, quas vires attulerunt!

Age vero, divinis Litteris sublatis, quaenam certa ratio juventutem docendi, quaenam praeciendi? Sacrarum litterarum luminibus extinctis, quonam eundum, quonam progrediendum, quid faciendum, quid non faciendum esse putabimus? Non dux, non magister, non auctor; nulla agendarum, nulla omitendarum rerum norma, nulla lex, nullum jus, nulla virtus, nulla veritas, quae non à Philosophis temerariis rationibus plerumque permotis, oppugnetur et concutiatur. Tollite Sacrarum Litterarum spem, tollite hoc rerum praesidium humanarum: jam civitates, respublicas, im-

peria, religionem, orbem terrarum per-
 verteritis. Hoc saeculo, Auditores Orna-
 tissimi; his hominibus, qui improbo quo-
 dam, atque ab Epicuro accepto, philo-
 sophandi genere delectantur; his scrip-
 tis, quae circumferuntur; tot undique
 adversus religionem tumentibus conjura-
 tionibus; putatisne, ut jura, ut leges, ut
 mores, ut vita, ut mens ipsa incolumis
 consisteret, nisi nos sacrarum litterarum
 scita confirmarent?

—; Vultis civitates, vultis republicas,
 vultis privatas domos, parentes, libe-
 ros, nobiles atque ignobiles ab officio non
 discedere, ad injurias non descendere
 aliena non appetere, sua lagiri; vultis es-
 se beati, vultis esse incolumes, homines
 esse vultis? Nolite quaeso à philosophis,
 haec expectare, nolite putare illorum
 praecipis atque institutis adolescentiae
 furores mitigari posse, aut incendia res-
 tingui. Ego vero, ut de me dicam, quum
 adolescens in philosophorum studia incu-
 buissem, maximèque Stoycos homines ad-

mirarer, tristemque illam ac duram disciplinam reliquis litteratorum doctrinis anteponerem; in vastis me regionibus versari desertissimâque solitudine esse putabam. Tumque demum didici, quid aemula illa religionis, ac prava Evangelii imitatrix philosophia tandem posset efficere.

¿Nam quid ego nunc de Sacrarum Litterarum majestate dicam? ¿Quo verborum pondere, quâ vi orationis, quo animi motu tantam rem dicendo non amplificare, sed declarare possim? ¿Quid Sacris Litteris gravius, quid praeclarius, quid magnificentius, aut prisca, aut praesentia saecula extulere? Apud Graecos, apud Romanos, scriptores floruisse nobilissimos, qui luculentissima ingenii sui nobis reliquerint monumenta, adeo est exploratum, ut plura de iis rebus verba facere non debeamus. Quantum dicendo Demosthenes, quantum scribendo Aristoteles, quantum narrando Livius, quantum omni genere litterarum Cicero pres-

titerit, quis ignorat? Dico Platonem graviter dixisse; dico Homerum hominum ac morum imagines, quam simillimas expressisse: at etiam adfirmo, et Platonem et Homerum, si cum uno Mose conferantur, invenustos, ineptos, infantissimos videri.

Proh, Deum immortalem! Ita hunc hominem scripsisse, ita dixisse, ita cogitasse, ut Graeciae splendorem omnem, et Latii lumina praeclarissima, infuscare jure merito videatur. ; Sed quid ego plura commemoro? ; Quid diutius in Mose immoror? ; Quid ego de Davide dicam, quid de Salomone, quid de Prophetis? Te unum appellabo, te unum Isaiam praedicare debeo, te unum cogitatione complector; te tuamque coelo receptam divinam mentem: qui quantum res divinae humanas antecellunt, tantum coeteros scriptores omnes, et dicendi gravitate, et sentiendi majestate, et orationis mole superasti!

Quae quum ita sint, Auditores Orna-

tissimi, quum nulla Graecorum aut Romanorum monumenta cum divinis litteris sint comparanda; quum ad humanitatem, atque ad vitae usum sint adeo necessariae; quum neque homines, neque civitates, sine divinis litteris possint consistere; quumque debeat optima quaeque adolescentibus proponere, quicumque nolit pervertere fundamenta naturae; suscipite, quaeso per Deum immortalem causam humani generis, suscipite causam juventutis. Vos ego hortor adolescentes, vos magistros, vos parentes, vos mortales omnes, ut sacrarum litterarum studium arripiatis, ut ad hos saluberrimos ac purissimos fontes liberos vestros ac discipulos adducatis, quo juventutis felicitas et Rerumpublicarum prosperitas concessa tandem nobis divino consilio esse videatur.

DIXI.

LA SAULIADA.

R A S G O É P I C O

QUE ESCRIBIA

EL P. JOAQUIN TRAGGIA
de santo Domingo , Sacerdote profesor
en el Colegio de las Escuelas Pias
de Zaragoza.

MADRID

IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS

1817.

LA SAULADA

RASGO EPICO

EL P. JOAQUIN ERAGIA

de la Orden de San Agustín

en el Colegio de las Escuelas Pías

de Bayona

MADRID

IMPRENTA DE D. M. DE BURGOS

1817

LA SAULIADA.

CANTO I.

A tí, Parroquia ilustre, favorable
 á mi canto deseo; no ya Apolo,
 ni el coro de sus Musas respetable
 será de mi cantar el numen solo:
 á Deidad mas benéfica y tratable
 mi plectro sonará de polo á polo,
 y el Ebro encenderá mi pecho frio,
 cual pudiera el Castalio y puro rio.

Y tú, divino Pablo, nuevo aliento
 á mis labios infunde, cual solia
 tronar en tu garganta, cuando atento
 al bárbaro y romano suspendia:
 tu gran mudanza referir intento,
 cuando tu pecho de furor herbia,
 y al soplo de la gracia omnipotente
 calmó tu saña y cólera impaciente.

De Damasco á la vuelta caminaba vomitando amenazas, sangre y muerte el furibundo Saulo, que esperaba la Iglesia destruir con brazo fuerte: cuando al traves del polvo que se alzaba apuntar los alcázares advierte de Damasco, y el paso deteniendo estas razones comenzó diciendo:

El Dios de Abram propicio á nuestro viaje y á la gloriosa empresa que tratamos de vengar de sus leyes el ultrage, al fin nos ha traído que anhelamos: Damasco oculta al pérfido linage que nos manda el Señor que destruyamos: cual pueblo de Amalec tratado sea, y arránquese del mundo su ralea.

Sin perdonar á edad, á sexô, estado en la ciudad vecina aprisionemos la gente aborrecida, y al senado de Sion como en triunfo la llevemos: si de la infame secta se ha librado algun sequaz, aquí lo encontraremos, y limpia de Cristianos ya la tierra, cesarán los rigores de la guerra."

Así braveaba: el bruto, enardecido
con la voz de su dueño, respiraba
el terror por su boca, el suelo unido
con el herrado casco socababa:
audaz da botes y, al compas del ruido
de las bruñidas armas, relinchaba,
y de léjos oliendo el choque fuerte
despreciaba las picas y la muerte.

Ni ménos la sañuda compañía
mostraba su furor en los semblantes
que en ascuas con la sangre que bullia
los ojos revolvia centelleantes:
y al capitan, que el paso detenia
con ardor y con voces disonantes,
"Marchemos (le decian); vamos luego,
llevémos la ciudad á sangre y fuego."

Y Saulo á quien su saña suspendiera,
sin saber que suspenso y mudo estaba,
apénas estas voces entendiera
la espuela á los hijares apretaba:
el bruto herido la fatal carrera
y las riendas de espuma salpicaba,
sorbíase la tierra, el duro suelo
sacudido atronaba al alto cielo.

De léjos le seguían hijadeando
 caballos y ginetes: tal á veces
 el ruisenor el nido despreciando
 suele admirar sus plumas y jaeces;
 y queriendo imitar el vuelo blando
 de la madre, conoce que sus creces
 para tanto no son, y de tomillo
 en tomillo la sigue el pajarillo.

Tanto á los suyos Saulo en ligereza
 excedia y dañadas intenciones:
 alzada contra el cielo la cabeza
 maquinaba mortíferas traiciones:
 y mirando la espada con fiereza
 creía ya partir los corazones,
 y segar las gargantas no culpadas
 contra Dios y sus leyes veneradas.

En esto sobre el alto firmamento
 á Dios el pueblo justo humildemente
 pedia por la paz y cesamiento
 de la cruda borrasca que presente:
 de la Iglesia la pena y sentimiento,
 el triste luto y suspirar doliente
 por Saulo perpetuado tantos años,
 el remedio exigia á tantos daños.

El Padre soberano, revolviendo desde el sublime y estrellado trono sus apacibles ojos, y rompiendo el silencio, les dice en grave tono:

“Vuestros castos cuidados admitiendo por mi hija la Iglesia, que el encono de Saulo despedaza, sin tardanza volverá la quietud y la bonanza.

Ese mismo que ciego y furibundo el arruinar mi Iglesia se propone, mi nombre llevará por todo el mundo donde el sol nace y donde el sol se pone: y si ahora prisiones iracundo contra los fieles sin piedad dispone, cadenas y naufragios y la muerte por mí padecerá con pecho fuerte.

Mas la victoria tengo reservada á tí, delicias mias, Hijo mio: vé, consuela la esposa congojada, pues tienes mi saber y poderío: abate con tu mano acostumbrada de Saulo la fiereza: yo te envío; tus enemigos á domar aprende, pues su poder de tu sufrir depende.

Cesó de hablar, y el Hijo soberano
 saliendo de su trono mas brillante
 que el sol en su zenit, con paso llano
 al Padre se acercaba fulminante:
 al Padre, que á su hijo Dios y humano
 llegar le consentia á su semblante,
 que de léjos los Angeles veían
 y apénas á sus rayos resistían.

Las esferas concéntricas sintieron
 el peso de las plantas formidable,
 y guardando el nivel se sumergieron
 por el vacío inmenso inhabitable:
 las hileras angélicas cubrieron
 la carrera con órden inefable,
 al lado de sus gefes los soldados
 con armas diferentes ordenados.

En unos las aljabas temerosas
 de rayos oprimidas humeaban:
 las plagas en las tazas espantosas,
 y las tormentas otros manejaban:
 á cuales las estrellas procelosas
 servian de broquel, ó blandeaban
 los pálidos cometas, las señales
 que de léjos atierran los mortales.

El celestial ejército esperaba en silencio los órdenes divinos, cuando Miguel, que el lábaro llevaba el orden comunica á los vecinos: á la armería el paso encaminaba los cielos oprimiendo cristalinos la noble compañía y refulgente, seguida de Jesus omnipotente.

Las puertas de diamante rechinaron, y, al trueno de la voz irresistible, de Cristo, con horror se separaron, causando sobre el quicio son terrible: los Angeles su vista retiraron al resplandor cediendo y luz temible de las armas divinas, que en su saña al Santo solo sirven en campaña.

Del muro circular están pendientes los rayos, que algun dia sacudiendo allanarán los Ándes eminentes, y del mar secarán el cauce horrendo; las trompetas allí resplandecientes, cuyo sonido al Orco estremeciendo, hará que los difuntos restituya á la vida, y la muerte se destruya.

También allí pendiente se veía
 la espada que al Asirio destruyera :
 cuando los santos muros oprimia
 Senacherib con rabia carnicera :
 el dardo que de Antíocho la impía
 y atroz alma con honda llaga abriera,
 y que en breve debía ser teñido
 en la sangre de Heródes engreido.

En medio de la cúpula colgaba
 el broquel y la lanza conocida
 de Luzbel, cuando al monte se acercaba
 con su soberbia gente y atrevida :
 en las columnas dóricas cargaba
 multitud de trofeos, que en su huida
 dejáron los rebeldes ; y á mas de esto
 de toda suerte de armas gran repuesto.

Por dentro de esta casa sabiamente
 á la armería del amor entrada
 dispuso el Cielo : y á esta mansamente
 marchaba el Salvador y tropa alada :
 era un rubí la puerta transparente,
 y de corintio gusto la portada ;
 lo interior de la casa relucia
 con el oro y soberbia pedrería.

El cielo, de relieve en cuerpo entero,
 mostraba las empresas amorosas
 del tiempo ya pasado y venidero,
 en piezas de diamante prodigiosas:
 la creacion del hombre, el aguacero
 que cubriendo las cimas peñascosas
 al bajel perdonó, que la simiente
 para poblar llevaba el continente.

El sol en su carrera con imperio
 por Josué detenido: La insolencia
 de Holofernes por débil ministerio
 burlada allí se via y su prudencia:
 de Babilonia roto el cautiverio,
 y del griego poder la dependencia;
 la lluvia del maná, y el mar hendido
 y á manera de valle detenido.

Del dulce Redentor la dulce historia
 en toda su estension allí se via:
 contra Simon de Pedro la victoria
 á vista de Neron allí lucia:
 del romano poder la vana gloria,
 y del mundo la antigua idolatría
 sujeta á la Cruz por Constantino
 brillaba desde el alto cupulino.

La exáltacion tambien del gran Joviano
 al solio del imperio y de Justino:
 el concilio tercero toledano
 embutido brillaba en oro fino:
 los hechos de Pelayo el asturiano,
 y hasta domar el Moro granadino
 del Español las ínclitas victorias
 con órden lucen entre mil historias.

Las armas por el muro repartidas,
 sin ser de un temple todas y ordenadas
 por las altas paredes suspendidas
 se vian de festones coronadas:
 á la izquierda las flechas despedidas,
 y en las almas de bronce despuntadas,
 que si vencer bien pueden, nunca vencen,
 aunque á rendir el corazon comiencen.

Aquí los dardos cuelgan empleados
 contra el soberbio Faraon sin fruto:
 contra Balan los filos enhestados
 que lengua diéron al pesado bruto:
 tambien los rayos en Saúl gastados,
 que, cubriendo á Samuel de triste luto
 el corazon piadoso, no venciéron
 su dureza fatal, si bien la hiriéron.

En frente del soberbio y rico muro
pendían otras armas mas preciosas:
por la fineza de su temple duro,
nunca melladas, nunca perezosas:
el dardo que á Teresa el pecho puro,
el que á David las lágrimas sabrosas,
el que causa en María su mudanza,
y rompe de Agustino la tardanza.

Entre las muchas flechas vencedoras,
unas usadas, otras por usarse,
á las manos de Cristo vencedoras
una obediente vino á colocarse:
sus puntas de diamante cortadoras
mostraban los deseos de emplearse;
y el tamaño del arco en que colgaba
la grandeza del triunfo persagiaba.

Armado de este modo el Rey del cielo
caminaba á las puertas eternas,
venciendo en cada paso el anuo vuelo
del sol y sus caballos inmortales:
por la pendiente via y lácteo suelo
se acercaba á las puertas celestiales,
las puertas levantadas nuevamente
por la mano de Dios omnipotente.

Porque si bien el Padre soberano
 al fabricar su celestial asiento
 entrada dispusiera al pueblo humano,
 que elevar meditaba al firmamento:
 despues que con audaz y loca mano
 Adan violó su suave mandamiento,
 despedazó las puertas, y de acero
 aseguró la entrada justiciero.

Cincuenta siglos sin abrirse estuvo
 mostrando á los mortales ceño airado:
 ni Moises, ni David jamas obtuvo
 licencia de vencer el muro hadado:
 solo al poder de Cristo no sostuvo,
 y á su vista cayó despedazado,
 y el monte de sus ruinas dió cimiento
 á la Cruz en señal del vencimiento.

En dos alas los Angeles formados
 las armas presentando calle hicieron
 á Jesus con los rostros inclinados,
 y Santo por tres veces repitiéron:
 los umbrales celestes trastornados
 abriéndose, la tierra descubriéron;
 y Febo de la nueva luz herido,
 los ojos se cubrió despavorido.

Por las abiertas puertas desprendida
la luz contra la tierra centelleante
á Saulo rodeó, soltó la brida
y cayó con su bruto en un instante:
cual nave por el mar desprevenida
á quien sorprende el cielo fulminante
con nube, que rasgada de repente
la obliga á zozobrar incontinente.

Postrada ya de Saulo la fiereza,
faltaba que vencer su duro pecho,
mas flechando del arco la firmeza
lo apercibe Jesus del alto techo:
la flecha despedida con presteza
hiende los aires y el inmenso trecho,
y Saulo traspasado, ya no es Saulo,
sino apostol de Cristo el grande Paulo.

Miéntras el dardo celestial trocaba
de Saulo el corazon ocultamente,
Jesus que desde el cielo se mostraba
á sus ojos, le hablaba dulcemente:
"Á quién persigues Saulo? Saulo acaba
y depon tu furor y saña ardiente:
¿por mar y tierra quieres atrevido
que mi nombre se vea aborrecido?"

Yo soy Jesus." Y Saulo sin aliento:
 "Qué mandais? (le responde): obedeceros
 será, Señor, mi cargo; mi contento
 sujetar á tus órdenes mis fieros;"
 y queriendo seguir faltó el acento,
 los labios se encontráron prisioneros,
 la razon embargada no veía,
 ni el oído las voces entendia.

Cual bárbaro guerrero que braveando
 miéntras busca en el campo su enemigo
 herido de una piedra, que abollando
 venció de su celada el firme abrigo:
 ó cual roble de súbito temblando
 cesó de percibir el jugo amigo,
 que lozano lo hacia, de este modo
 á Saulo le faltó la voz del todo.

LA SAULIADA.

CANTO II.

Del triunfador divino la victoria
 los angélicos coros celebraban,
 y las voces de júbilo y de gloria
 en los opuestos polos retumbaban:
 Mas quería Jesús, que la memoria
 del triunfo que sus armas acababan
 de conseguir de Saulo, hondamente
 se esculpiese en su pecho ya obediente.

Y volviendo á Miguel su voz amable:
 "Id, fiel ministro, dice, sin tardanza,
 y del vencido Saulo ya tratable
 el ánimo subidme en la balanza:
 quiero ser al rendido favorable,
 y mostrar de mi reino la pujanza
 al apostol futuro de las gentes,
 y al que dará á mi nombre mas creyentes."

Dijo: Miguel al punto se apercibe
 á cumplir el precepto soberano ;
 volando un sulco lúcido describe
 por donde corta y hiende el aire vano :
 del sol en un momento le recibe
 la casa, y sin parar el mas cercano
 palacio de la luna ya dejaba,
 y en la atmósfera turbia se engolfaba.

Y llegando do Saulo sin sentido
 estaba á par del bruto derribado,
 con mano diestra por el pecho herido
 sacó del cuerpo el ánimo turbado :
 en la rica balanza recibido,
 y de divina gracia confortado
 volaba con el angel contra el cielo,
 huyendo de su vista el bajo suelo.

Como nuevo en los reinos no trillados
 admiraba los orbes celestiales,
 los caminos azules trabajados
 por los grandes planetas nocturnales :
 bajo sus pies miraba, ya pasados
 del sol y de saturno los umbrales,
 las estrellas surcando el firmamento
 con armonioso y musical conciento.

Atónito contempla en la carrera
 los círculos enormes refulgentes,
 en ellas se embelesa y persevera
 observando sus viajes diferentes:
 huyendo por los aires bien quisiera
 apacentar sus ojos impacientes
 en los nuevos objetos que veía;
 mas Miguel, que lo advierte, le decía:

“¿Por qué la vista, Saulo, fija tienes
 en las escasas luces que pasamos,
 y admirado en sus brillos te entretienes
 cuando á la luz celeste navegamos?
 hasta aquí las mudanzas y vaivenes
 del tiempo llegan; mas do ahora entramos
 la eternidad comienza, el tiempo cano
 no rige en el palacio soberano.”

Dijo: y rompiendo con brioso vuelo
 el orbe movedor, que en torno lleva
 la milicia terrífica del cielo,
 se descubrió del tiempo la alta cueba:
 á par del descarnado y cano abuelo
 su larga descendencia antigua y nueva
 suda sobre el rodezno fugitivo
 con las horas, el año y mes esquivo.

Y remontando el vuelo, lo pasado
á vista de lo eterno se perdía;
la Eternidad sin término ni vado
al solio del Señor la guardia hacia;
por Miguel aquí Saulo presentado
al Salvador humilde le pedia
perdon por lo pasado, y al Tonante
la gracia de servirle en adelante.

Cual pez de la tormenta receloso,
huyendo de los mares encrespados
nada por el profundo tenebroso,
encima mar y mar por todos lados:
así á Saulo en el piélago anchuroso
estendiendo sus ojos ilustrados
gloria y mas gloria solo le descubren,
mas los negados términos se encubren.

Aquí con vista pura claramente
lo que mortales ojos no sufrieran
descubre; y sus oidos igualmente
oyéron lo que en carne no entendieran:
entonar el trisagio dulcemente;
las luces que del Padre dignas eran
y del divino origen que tenían,
y de gloria á los ángeles cubrían.

Después que de pasada sumergido
 bebió en aquel abismo la alta ciencia
 que iluminó su pecho oscurecido
 de la Lei con la mala inteligencia :
 el Angel de Luzbel aborrecido
 por orden del Señor la residencia
 á Saulo muestra, que á la justa gente
 preparó la Bondad omnipotente.

Asido por la mano le llevaba
 por do los nueve coros celestiales
 al Santo bendecian : por do estaba
 Adan primer autor de los mortales :
 al lado de su madre se mostraba
 Abel con las divisas pastorales
 purpuradas de sangre por la mano
 del homicida y envidioso hermano.

No léjos se seguia el santo viejo
 que al mundo conservó sus inquilinos :
 el fiel Abram con celestial consejo
 obediente á los órdenes divinos :
 sus nietos y Moises, que al mar Bermejo
 le hizo secar los húmidos caminos :
 Sanson del Filisteo horror y espanto,
 y el Rei que ennobleció la lira tanto.

El cantador de trenos Jeremías,
 Daniel de los leones respetado,
 el que escribió la historia del Mesías,
 y fué por los impíos aserrado:
 los hijos del anciano Matatías,
 que triunfaron del Griego denodado:
 la bella Esther, Judit la vencedora,
 la fiel Rebeca, y Ana la cantora.

En pos del pueblo antiguo y numeroso
 dividido en sus doce regimientos,
 otro pueblo seguía mas vistoso
 que ocupaba los ínclitos asientos:
 la grei, que Heródes bárbaro y medroso
 en la infancia privó de sus alientos,
 jugaba con las palmas y guirnaldas
 y estolas, que cubrían sus espaldas.

De aquí se descubria el gran Bautista;
 de Cristo los abuelos; la preciosa
 sillería; mas huéspedes la vista
 en ella no encontraba cuidadosa:
 y Saulo, registrando el campo, avista
 de san Estevan la ánima gloriosa:
 la conoció, y de súbito corrido
 el rostro vuelve en llanto humedecido.

Quería saludarle y detenerle el diácono dichoso, mas la pena á Saulo no dejaba complacerle, y el llanto se desmanda y desenfrena: ni mas ni ménos suele sucederle á la consorte de amargura llena cuando llora su esposo, que el hablarla es afligirla mas que consolarla.

En fin lo deja de seguir Estevan, y solo al despedirse le decia:

“Prosigue, hermano Saulo, do te llevan las órdenes de Dios y noble guía: si ahora con mi vista se renuevan las cosas ya pasadas, algun dia aquí las puras manos uniremos, y el ósculo de paz estrecharémos.”

Mas Saulo proseguia su camino, los ojos fijos sobre el claro asiento, sin comoverse mas que el Apenino cuando del norte lo sacude el viento: regaba con su llanto cristalino las estrellas del alto firmamento, y preguntar queria, y no acertaba, porque el sollozo el habla le embargaba.

Miguel en fin, que su dolor advierte,
 temprarlo procuraba con razones,
 y con ellas las lágrimas divierte
 que huían de las ópticas prisiones:
 y Saulo: "Díme ¿ con dichosa suerte
 qué gentes (le decia), ó qué naciones
 llenarán los asientos mas brillantes
 que los piropos é índicos diamantes?"

Respóndele Miguel: "Las altas sillas
 de huéspedes vacías, no estuviéron
 sin dueños al principio, y las cuadrillas
 de los rebeldes ángeles hinchieron:
 mas despues que soberbios sus rodillas
 doblar á Dios negáron, las perdiéron,
 cediendo su lugar á los mortales,
 sus fueros y sus drechos inmortales.

Los tronos llenos son del pueblo antiguo;
 llenará los vacantes el Cristiano:
 y ese sitial á la Deidad contiguo
 la Madre del Mesías soberano:
 el Señor con decreto nada ambiguo
 darle parte en su reino y mucha mano
 prometió sobre el cielo, tierra, infierno,
 y hasta do alcanza su poder eterno.

Aquellos doce asientos aun vacíos
 que á los mortales ojos dan espanto,
 para los jueces son que á los impíos
 juzgarán con acuerdo justo y santo :
 los doce pescadores que, los rios
 dejando de Judá con dulce encanto,
 siguiéron á Jesus por mar y tierra
 y al error declaráron cruda guerra.

Tú tambien con los jueces formidables
 tendrás asiento y trono; mas primero
 bañado con las aguas saludables
 te verás en Damasco prisionero:
 azotado en Filipos; de culpables
 y malvados no breve compañero:
 en Asia y en Europa perseguido,
 y en la dudosa Malta recogido.

Oirá tu voz Aténas, Macedonia,
 el efesino pueblo, la Suría,
 la Iliria, la Tesalia y Licaonia,
 la Galacia, Corinto, Nicosía:
 arrestado verás la tierra Ausonia,
 y de Neron la loca tiranía,
 que segará tu cuello; mas primero
 pasarás por la Galia al suelo Ibero.

Aquí de Cristo el nombre conocido
hallarás por Santiago: mas el cielo
á la española gente prometido
hacerla tiene de piedad modelo:
así serás del Ebro recibido,
y corriendo su rico y fértil suelo,
entrarás en la nueva Zaragoza
do reina la gran Madre en pobre choza.

Haciendo mas caudal que de Judea
de los augustos muros la Señora
allí dejó su imagen por presea,
haciéndose su guardia y protectora:
la reina de los ángeles desea
que España sea á su ciudad deudora
de las gracias que piensa dispensarla,
y harán á las naciones envidiarla.

Ni á Cartago, ni á Roma populosa
la ciudad restaurada de Octaviano
en justos cederá, que la preciosa
sangre derramen con fervor cristiano:
Roma jamás con cólera rabiosa
las puertas abrirá del crudo Jano,
por sostener sus dioses, que no aumente
Zaragoza los triunfos de su gente.

Esta dará con nueve convertidos
 á España sus máestros, que la senda
 enseñen á los pueblos aguerridos
 de escalar la estelígera vivienda:
 sus ciudadanos todos, encendidos
 de divino furor, la muerte horrenda,
 la muerte retarán con alegría,
 y poblarán los cielos en un día.

Sus sillas son sin número ni cuento;
 Atanasio y Valerio presidentes
 serán con Braulio del feliz asiento,
 que tendrán sus obispos eminentes:
 Lorenzo, con Vicente al regimiento
 precederá de mártires fervientes:
 de vírgenes Engracia tendrá el mando,
 é Isabel de las reinas el comando.

De la esteva á los cielos trasladado
 Lamberto se verá; la tierna infancia
 en Dominguito del furor malvado
 triunfará del Hebreo con constancia:
 con Felix, Voto á Pano retirado
 dejarán de su casa la abundancia,
 y saldrá de su cueba el grande imperio,
 que romperá del Moro el cautiverio.

Allí te detendrás algunos días
 confortando los fieles pavorosos,
 que ocultos en las márgenes sombrías
 huyéron de sus émulos furiosos:
 errantes por los chozos y alquerías
 los símbolos reciben venturosos,
 de la gente brutal desconocidos,
 mas de Dios y sus Angeles queridos.

De los cesáreos muros no distante
 el bosque está, que abriga los Cristianos,
 entre la Guerba y Ebro redundante,
 antes solar de rústicos paisanos:
 mas agora taller y principiante
 de mártires escuela, que á tiranos,
 y á las negras escuadras desafíe,
 y un pueblo nuevo en adelante crie.

Porque debes saber, que el Rei supremo
 en gracia de los mártires que abriga,
 elevar del honor hasta el extremo
 ese bosque medita y selva amiga:
 la Reina soberana, con el remo
 de sus alas bajando, la enemiga
 morisma arrojará del roto muro,
 quedando con su imágen mas seguro.

Desde entónces creciendo á competencia
 la poblacion dichosa en gente y gloria,
 sin que á la antigua dé la preferencia,
 de ilustres hechos llenará la historia:
 de aquí la religion y reverencia
 á los sagrados techos y memoria
 de tu nombre, que al pueblo venturoso
 dará renombre y título glorioso.

En rústica posada recibido
 vivirás al principio, miéntras duren
 los odios del Romano aborrecido,
 y su yugo los Arabes enduren;
 mas despues á tu nombre agradecido,
 cuando la paz los triunfos aseguren,
 te erigirá palacio el pueblo y clero,
 do sonará tu nombre venturero.”

Así Miguel á Saulo le mostraba
 los futuros sucesos de su vida,
 y las vacías sillas le enseñaba
 do tendrian los pueblos su manida:
 los Árabes vistosos con la aljaba,
 las gentes de la América escondida,
 los del helado norte y mediodia,
 los que el aurora y el poniente cria.

Habiendo ya Miguel con voz certera
mostrado á Saulo quanto allí notable
encerraba la casa placentera,
lo volvía á su cuerpo miserable:
al derredor la gente lastimera
con agudo dolor y lamentable
llamaba á Saulo, el campo con lamentos
respondía á los lúgubres acentos.

Miéntras lo lloran muerto sus criados
la alma restituida da señales
de mandar á los miembros casi helados,
y volver los espíritus vitales:
con esto sus amigos consolados
de Damasco á los próximos umbrales
en sus brazos lo llevan, é ignoraban
que aquel Saulo ya no era quien pensaban.

F I N.



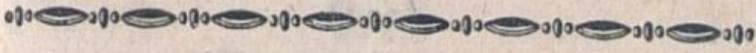
SUPLEMENTO

Á LAS POESÍAS

DEL P. BASILIO

BOGIERO.

SUPPLEMENTO
A LAS LEYES
DEL P. BASTILLO
DE LOS BOGIEROS



ANACREÓNTICA I.

Envíeme pinceles
la docta Academia,
que en Roma y en Atenas
da vida á cuanto pinta:

Los mas aventajados,
los de mano mas fina,
pinceles que á Timántes
y Apéles den envidia.

Y delicadamente
no ballestas, ni picas
píntenme, ni paveses,
corazas, ni lorigas:

Ni en vano conjuradas
las huestes marroquinas
contra las españolas
banderas en Melilla:

Ni á Júpiter tonante
con mano vengativa,
que contra los mortales
sus fieros rayos vibra.

Píntenme, si es posible,
 en esta tabla chica
 mi corazon al vivo,
 conforme yo lo diga:

Grande, sensible, tierno,
 de mui delgadas fibras,
 que cualquier accidente
 lo hiere y lo lastima.

En torno mil cuidados
 que sin cesar lo agitan,
 mil celos, mil sospechas,
 mil amorosas iras.

En el centro la imágen
 de la Beldad divina,
 que al corazon enfermo
 da la muerte y la vida.

¿Sabréis, diestros pintores,
 hacer cosa tan linda?
 de solo imaginarlo
 el pecho me palpita.

M.C.D. 2022

I.

OS,

Si me tienen al cabo
los accidentes míos ;
¿ cómo mitigar puedo
tus amargos conflictos ?

Muramos inocentes :
ni tú lo has merecido ,
ni yo ; pero lo quiere
quien nos tiene perdidos .

ANACREÓNTICA IV.

En mal punto la lengua
soltaron los mortales ;
la lengua mas que tiro
de Parto penetrante ;

La lengua que de muertes,
de guerras hace alarde ;
contra quien no hay castillos,
contra quien no hay baluartes .

De la lengua las iras
nacieron implacables ,
las iras aguzaron
de acero los puñales .

Miren por que insolente
va el inhumano Marte,
por que mancha los campos
de derramada sangre ;

Por que la esposa hiere
sus pechos y los aires,
por que muerto el esposo
su cabellera esparce ;

Por que en sonando al viento
el belicoso parche,
palmadas en la frente
se dan las tristes madres.

¡ Oh, quién á mí me diera
que la boca cerrase
del hombre palabrero
con setecientas llaves !

¡ Del que rasga la tela,
del que los sellos abre,
en que dulces secretos
seguramente yacen !

Venga, venga Tereo,
y aquella lengua arranque,
y el alma todo junto
del que los descifráre.

¡ Oh mal haya, mal haya
 el que se satisface
 en referir de Alcino
 y Araminta los males!

El que á Títiro dice:
 allá en el hondo valle
 á Flérida Salicio
 contó sus puridades.

¡ Dichosa la que solo
 cuenta á las soledades,
 no al pastor indiscreto,
 sus bienes y sus males!

No le saldrán al rostro
 colores virginales,
 cuando el parlero Alcétes
 los secretos derrame.

¡ Dichosa la que el pecho
 no lleva en el semblante!
 ¡ dichosa la que puede
 morir sin explicarse!

ANACREÓNTICA V.

Cantemos, sí, cantemos
á Pepe el mas chiquito
de los tres recentales
que darne el Cielo quiso.

Porque tambien lo quiero
como á los ojos mios,
aunque él no mas me quiere
la mitad que mi Aliso.

Y porque yo no puedo
salir de mi retiro,
las que mi lira entona
cantinelas le envió.

La sorda noche sola
escucha lo que digo;
la noche, y mis cuidados
que en vela están conmigo.

Los vientos atronando
dan animosos silbos,
y la callada Luna
me ve cuando esto escribo.

Mas ya mi lira suena,
ya no sé si deliro,
no sé si tengo seso,
ó si he perdido el juicio.

Mi mente iluminada
ve los futuros siglos,
ve de José los años
y altísimos destinos.

Así soñar solia
el que mandó en Egipto;
que á las veces el cielo
inspira á los dormidos.

De las maltesas naves
tú no serás caudillo,
tú los monarcas moros
no mirarás rendidos.

No quiero que conquistes
de Rodas los castillos,
no quiero que derribes
los muelles argelinos.

De Cristo el Testamento
es lo que yo te fío,
y de la Fé el tesoro
y los sagrados ritos.

De púrpura romana
yo te veré vestido
presidir á la frente
de algun sacro Concilio.

Los ojos en tí puestos
de todos los Obispos,
veré que dictas leyes
á la Iglesia de Cristo.

Solo de imaginarlo
me siento enternecido,
y á Artenice tu madre
cien mil veces bendigo.

Tú dile de mi parte,
que esto no es desatino:
que aunque soy desdichado,
á veces profetizo.

RECITADO.

Este recitado y el siguiente se cantaron en unos exámenes de Doctrina cristiana.

Creced, tiernos infantes, felizmente,
 creced, y con vosotros tambien crezca
 de Cristo la doctrina en vuestra mente,
 que á la edad que viniere resplandezca.
 Creced para el terror, para el espanto
 de las á Dios rebeldes voluntades.
 De vuestra boca al eco con quebranto
 tiemblen las infernales potestades:
 relámpagos ardientes
 sean vuestros discursos levantados,
 de fuego, de poder, de muerte armados.
 Sois niños, seréis grandes, y el infierno
 de rabia bramará y despecho eterno,
 cuando con vuestras plantas
 hollaréis las gargantas
 de los ciegos errores,
 cuando en toda la tierra
 á la infidelidad movais la guerra.

Pastorcillo David era:
 mas despues de Filisteos
 cercenó diez mil gargantas,
 y pisando con sus plantas
 los pendones Idumeos,
 hizo á Egipto palpitar.

Nace el Ebro reducido:
 mas hinchando sus crecientes,
 cubre sotos y sembrados,
 rompe diques, rompe puentes,
 y cabañas y ganados,
 vuela, y va bramando al mar.

RECITADO.

Este felice dia
 desde la tierra al alto firmamento
 las voces de alegría
 suban sobre las alas de los vientos:
 suban á la presencia
 del Dios de soberana inteligencia.
 Él rige los espacios celestiales
 con el cetro que rige á los mortales;

él escucha igualmente
 al Serafín dar voces en el cielo,
 y al niño que le alaba acá en el suelo;
 al sabio presuntuoso llama necio;
 jamas del ignorante hizo desprecio;
 él las puras corrientes
 de su sabiduría
 sobre la tierra envía;
 llenos de ilustraciones
 son por él los sencillos corazones;
 él dejará vacíos
 los ánimos impíos:
 y al loco y arrogante,
 que en su vano saber se está gloriando,
 solo con un mirar deja temblando.

A R I A.

Alcemos el tono
 del dulce instrumento,
 y el músico acento
 alábe al Señor;

Que puros deseos
 á Dios solo placen;
 ellos satisfacen
 al sumo Hacedor.

IDILIO

con que se terminaron dichos exámenes.

Tambien mi pecho siente
latidos no mortales,
tambien á mí me inspiran
conceptos celestiales.

De nobles fantasías
el alma en sí no cabe;
y el pensamiento mio,
sin querer yo, se esparce.

Ó bien sobre vosotros
mi vista yo diláte,
que á las pueriles voces
los oidos prestásteis:

Ó á vosotros los ojos
vuelva, tiernos infantes,
que adelantais los frutos
de mayores edades;

Ó póstre yo mis plantas
á vos, sacro *Velarde*,

de la Iglesia gran príncipe,
de la infancia gran padre ;

Atajado me tienen
vuestras benignidades,
y exceden mis afectos
á cuanto diga y calle.

Oh, si el soberbio tono
de líricos alambres,
oh, si á los nuevos siglos
mi cítara sonante ;

Si á climas diferentes,
si á no cortados mares
bageles atrevidos
algun dia llevaren !

Mi reconocimiento
sabrán otras edades ;
sabrálo el mundo, desde
Canton á Magallanes .

Este dia, este aspecto,
la gloria de esta tarde
grabada guardaremos
en tablas de diamante.

Llévadnos de la Libia
á horrendos secadales,

llevadnos á las islas
que lava el mar de Atlante ;

Allí repasarémos
la gloria de esta tarde,
de este dichoso dia
que tanto nos honrasteis.

Traedme acá perfumes,
traedme acá estoraques,
traedme el pebetero
de olores orientales ;

Pues son para nosotros
vuestras finezas tales,
que merecen inciensos
que merecen altares .

El Cielo compasivo,
congojosos afanes,
cuidados veladores
para otros pechos guarde .

Á vosotros conceda
gozos interminables,
sencillas alegrías,
placeres inmortales .

Mal haya el pecho ingrato,
mal haya el alma infame ,

de bienhechora mano
que al fin llega á olvidarse .

Dadme cien bocas , cielos ,
cien lenguas , cielos , dadme ;
dadme una voz que á tantos
beneficios iguale ;

Porque de agradeceros
tan gran merced no pare ,
porque de favor tanto
el peso no me canse .

Pero el sol , que al ocaso
va corriendo á acostarse ,
me avisa que las gracias
os rinda presto , y calle .

ODA PINDÁRICA

al milagro obrado por la intercesion de la Madre de Dios del Pilar con Miguel Pellicer, restituyéndole una pierna que le habian cortado muchos años antes.

Ya te entrego á tu error, mundo perdido,
mundo incapaz de conocer tu engaño;
vive, vive vendido

al sopor que te arrastra al final daño,
miéntras yo canto mi feliz ventura
navegando á la playa mas segura.

De la naturaleza

tú intentas penetrar los hondos senos,
tus locos pensamientos están llenos
de todo lo visible y su belleza;
y sin verte á tí mismo,
te engolfas, ay! sin suelo en un abismo.

Las cosas que se ven, las que se escuchan,
las de muchos colores, las brillantes
son las que te alimentan;
en ellas y en su goce cifrar quieres

tus únicos placeres ;
 sin ver que se acrecientan
 cuanto mas los halagas tus deseos ,
 y que son cuanto buscas , devaneos .

Son falaces los bienes corruptibles ,
 y todo cuanto pasa es mentiroso ,
 y aun los conocimientos infalibles
 de los cuerpos terrenos
 son tesoro infructuoso ,
 si á otra mas alta vida no se elevan ,
 y al puerto verdadero no nos llevan .

Y así yo ya no quiero
 indagar los misterios naturales ;
 de la tierra y su globo nada espero :
 quiero hartarme de cosas inmortales :
 la máquina del orbe otro la aprecie ;
 lo que yo quiero ver es quién la ordena ,
 y con leyes eternas la encadena .

Ni de los elementos las empresas ,
 las guerras y las paces examino :
 ¿ Qué me importa el camino
 por donde los luceros se pasean ?
 Solo intento de tanta simetría
 quién es su autor saber , y quién su guía .

Si la Naturaleza es tan señora,
 ¿por qué cuando el Criador su orden invierte,
 no opone resistencia?
 ¿por qué se rinde humilde en su presencia?
 ¿por qué tiembla la muerte,
 y atónita en mitad de su carrera,
 cautiva vuelve atrás y prisionera?

Esta Naturaleza,
 ¿por qué no defendió al tirano Egipcio,
 cuando de hierro rota la coyunda,
 se abrió la mar profunda,
 dando paso á las Tribus escogidas,
 cuando de Dios el brazo justiciero
 al caballo anegó y al caballero?

¿Por qué cuando de Abran los descendientes
 entraban en la hermosa Palestina
 detenian los rios sus corrientes,
 de Dios cediendo al arca peregrina,
 y al son de las trompetas que tocaban
 de Jericó al través las torres daban?

¿Por qué de Gabaon en la jornada,
 cuando la noche obscura
 iba á facilitar la retirada
 y guarida segura

á aquellos fementidos Gabaonitas,
 á la voz de Josué sentó el sol plaza,
 y mientras él los iba acuchillando,
 el sol, cual page de hacha, iba alumbrando?

Cuando en la tumba Lázaro yacía
 de la muerte durmiendo el sueño frío,
 ¿por qué del Redentor al señorío
 no supo hacerse fuerte al cuarto día?

Y el que estaba difunto,
 ¿por qué resucitado salió al punto?

¿Por qué cuando del Ebro en las riberas
 los pechos compasivos quebrantaba
 de Miguel Pellicer la triste vista
 y sus ayes y voces lastimeras;
 la física callaba,
 las yerbas y las plantas nada hacían;
 y el infeliz sin pierna y sin consuelo,
 demandaba merced al alto cielo?

Ni el zumo de las flores
 que en los collados nacen olorosas,
 ni el arte de los doctos profesores
 la pierna ya cortada le volvían;
 los niños le seguían,
 y á la puerta del templo,

donde de Dios la Madre es adorada,
de desventura á todos era eemplo.

Mas oyó sus lamentos
aquella que al Olimpo señoréa,
y la pierna perdida
fué á Miguel Pellicer restituída ;
quedando así patente
que es la Naturaleza insuficiente,
y que el tres veces Santo, si le agrada,
la saca á nuevo ser, ó la anonada.

NOTA.

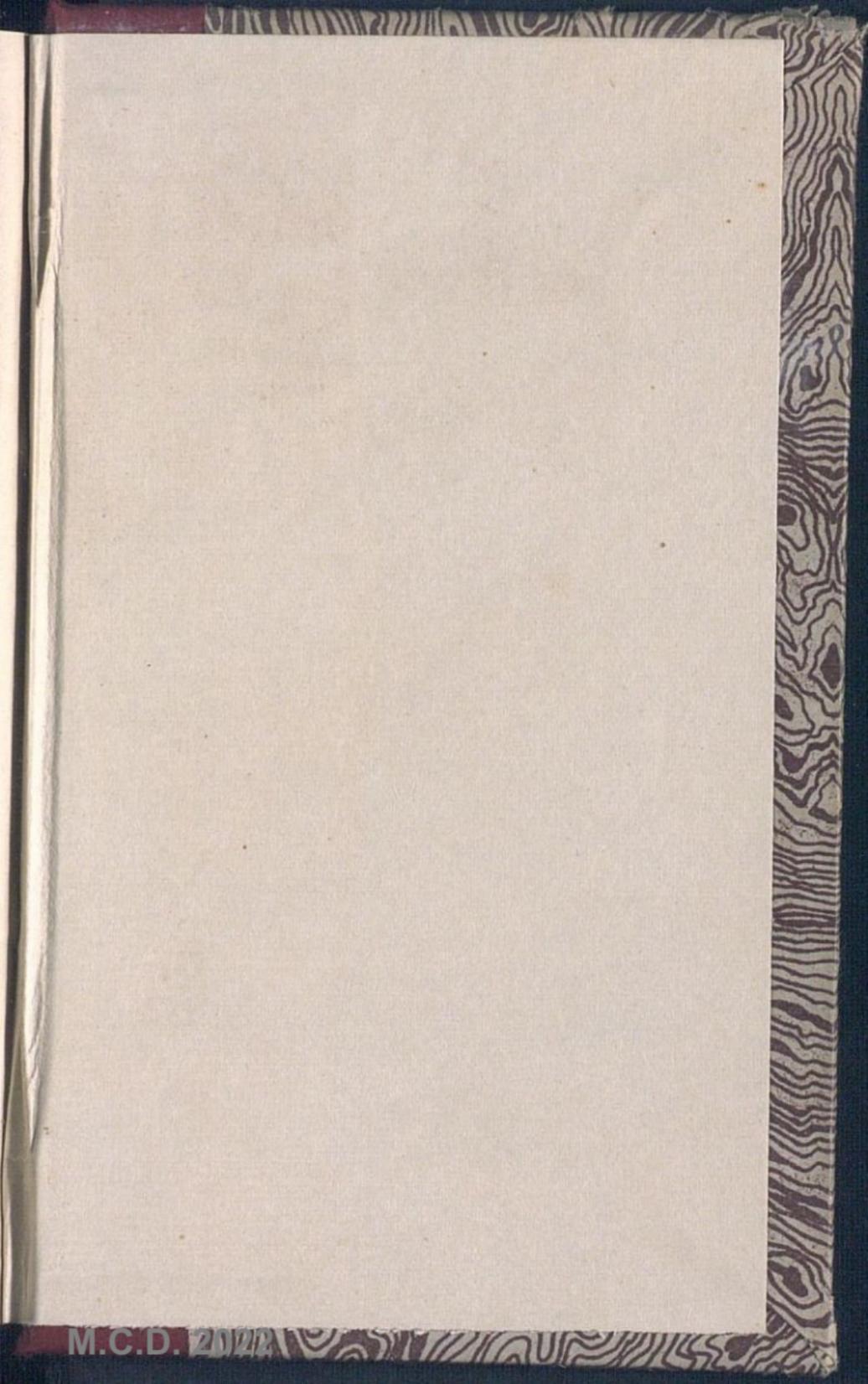
*En la pág. 121 despues de la línea cuarta,
léase:*

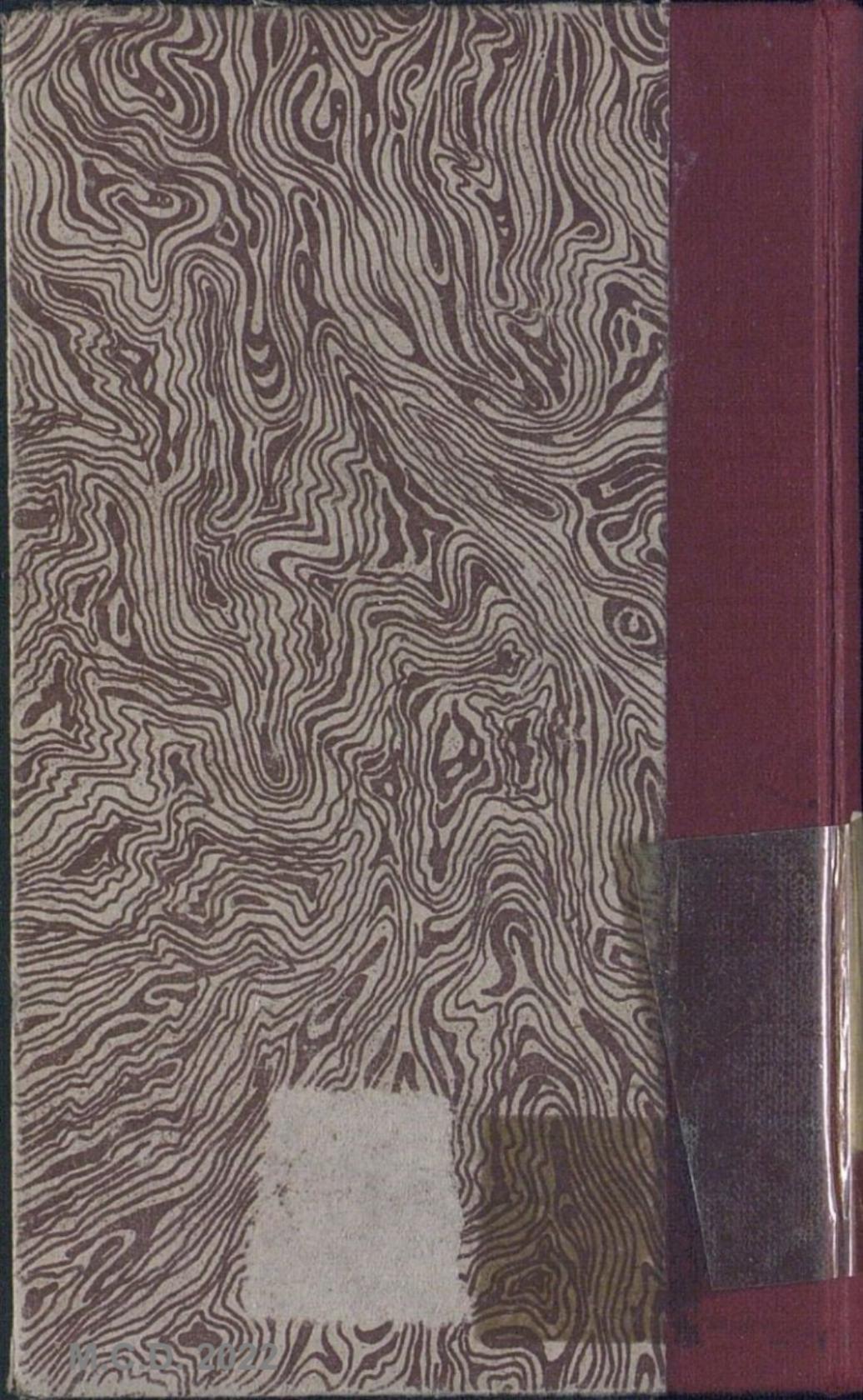
La dama mas hermosa
que el universo tiene
armó todos sus lazos,
tendió todas sus redes.

M.C.D. 2022

M.C.D. 2022







M 5.5 2022